

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

CAVIAR PARA UNA ESPIA

Keith Luger



Jerry Daniels era un aventurero.

El mundo está lleno de aventureros, pero hay muy pocos como Jerry Daniels.

Jerry era un aventurero del tipo romántico.

Sabía combinar el dinero con el amor.

Por ejemplo, ahora, justamente, estaba ocupado en uno de sus negocios habituales.



Keith Luger

Caviar para una espía

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1389

ePub r1.0

Lds 26.10.18

Título original: *Caviar para una espía*

Keith Luger, 1977

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Jerry Daniels era un aventurero.

El mundo está lleno de aventureros, pero hay muy pocos como Jerry Daniels.

Jerry era un aventurero del tipo romántico.

Sabía combinar el dinero con el amor.

Por ejemplo, ahora, justamente, estaba ocupado en uno de sus negocios habituales.

El padre millonario de una criatura angelical le había comisionado para que recuperase ciertas fotografías que unos depravados chantajistas habían tomado secretamente de su inocente hija.

El grupo de chantajistas estaba capitaneado por Milton Mann, un jugador profesional que había montado un garito a todo lujo en una discreta calle del Oeste de Nueva York.

Jerry Daniels subió las escaleras de la casa y apretó el timbre.

Le abrió la puerta un mozo muy alto, muy fuerte y con cara de ser muy bruto.

—A usted no le he visto antes.

—Es lógico, gigantón. Es la primera vez que vengo.

—¿Y a qué viene?

—A jugar —contestó Jerry Daniels, con un brillo especial en los ojos.

Si el gigantón hubiese conocido el significado de aquel brillo, habría dado a Jerry con las puertas en las narices. Pero para desgracia de él, no lo sabía.

Sin embargo, se atuvo a las reglas de la casa y preguntó:

—¿Quién le envía?

—Lon Mac Crea...

Era cierto. A Jerry le enviaba Lon Mac Crea, pero el gigantón tampoco podía saber que, en aquel momento, Lon Mac Crea estaba siendo atendido en el hospital de cuadro fracturas: el maxilar inferior, un brazo y dos costillas. Ése había sido el balance de su pelea con Jerry Daniels, cuando éste trató de convencerle de que debería darle información acerca de Milton Mann.

—Puede pasar, señor...

—Daniels, Jerry Daniels...

De esa forma, Jerry Daniels, con sus veintiocho años, cabello rubio, ojos simpáticos, entró en el reducto de los depravados fotógrafos de criaturas angelicales.

Jerry encendió un cigarrillo y echó un vistazo al salón.

Allí se jugaba al póquer, a la ruleta, al bacarrá.

Los clientes eran concienzudamente ordeñados. Llegó a la conclusión de que Milton Mann tenía un bonito negocio.

Entonces se dirigió hacia la oficina que estaba guardada por un tipo tan gigantón como el que había visto a la entrada.

—Quiero ver al director.

—¿Para qué?

—Sólo traje encima quinientos dólares... Quiero saber hasta cuánto puedo apostar.

Jerry sabía por experiencia que aquellos gigantes tenían poco conocimiento. Y el que se le enfrentaba ahora vio la posibilidad de que su jefe hiciese un buen negocio con aquel hombre rubio, en cuyos ojos se observaba la ingenuidad.

—Está bien, pase.

—Gracias.

Jerry entró en el despacho de Milton Mann.

Lon Mac Crea se lo había descrito bien.

Milton Mann era un hombre de unos cuarenta y cinco años, calvo, de nariz de ave de rapiña y ojos saltones.

En el momento en que Jerry irrumpió en el despacho, Milton estaba apilando billetes.

Había hecho unos cuantos montoncitos sobre la mesa.

Al oír que entraba alguien, alzó los ojos y examinó atentamente a su visitante.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Creo que mucho. Vine por unas fotografías.

—¿Qué...?

—Seis exactamente.

—No le comprendo.

—Usted tiene seis fotos de Mabel Astor... Ella, al parecer, no quedó muy bien, y al padre no le gusta la idea de que su niña salga poco agraciada en la revista de modas.

—Está bromeando, ¿verdad?

—Usted me va a permitir que le quite cualquier duda acerca de eso, señor Mann. Mientras decía esto, Jerry se acercó a la mesa, tomó a Milton de las solapas del *smoking*, y tiró con todas sus fuerzas.

Mann fue materialmente arrancado del sillón y voló por encima de la mesa.

Jerry lo soltó y Milton Mann cayó a la otra parte de la mesa, rodando como una pelota por la alfombra.

Cuando al fin se detuvo en el centro de la estancia, sus ojos estaban muy salidos de las órbitas, dándole el aspecto de un loco.

—¿Quién es usted, maldita sea?

—Jerry Daniels, caballero andante.

—Entiendo. Un loco.

—Probablemente, para usted lo soy... Deme las fotografías de Mabel Astor.

Milton Mann se levantó, sacudiéndose los pantalones.

—No sé de qué me habla, Daniels.

—Yo le refrescaré la memoria —contestó Jerry, y le soltó la izquierda.

Milton Mann viajó de nuevo por la habitación, pero ahora lo hizo en sentido inverso.

Golpeó contra el borde de la mesa y volvió a ocupar el sillón.

Estaba muy conmocionado porque uno de sus ojos miró a la derecha y el otro a la izquierda.

Jerry llegó ante él y le abofeteó en la cara con bastante fuerza, para ponerle un ojo en cada sitio.

Al fin, Milton Mann pudo enfocar la imagen de Jerry.

—Es usted un bastardo, señor Daniels...

Jerry le pegó en la frente, y Milton estrelló la cabeza contra el respaldo del sillón.

El dueño del garito se relajó en el asiento y se desmayó.

Jerry no estaba para perder el tiempo.

No le gustaba aquel lugar porque no tenía ningún atractivo para él.

Dirigió una mirada a su alrededor, y se dirigió hacia una mesa donde había un enorme jarrón con flores.

No se entretuvo en quitar las flores del jarrón, sino que lo volcó todo sobre la cabeza de Milton.

El chantajista recibió aquel baño de agua y de flores.

Sobre su oreja quedó cabalgando un clavel, el cual le dio un simpático aspecto de fauno después de haber perseguido a ninfas en el bosque.

—¿Quién me ha tirado al mar? —rugió, cuando volvió en sí.

—Está en su despacho, señor Mann —le recordó Jerry—. Aunque ya ha empezado la tempestad.

—¿Cuánto quiere, Daniels?

—Eso se llama ponerse en razón.

—Le daré mil dólares y lárguese...

—Me dará mil dólares y las seis fotografías de Mabel.

—Dos mil, sin fotografías...

Jerry le puso el puño delante de la nariz.

—Va a necesitar un buen especialista en cirugía plástica, señor Mann. Casualmente, yo conozco la dirección de uno muy bueno. Pregúnteme cuando me vaya a ir.

—¡No haga eso, señor Daniels! —gritó Milton, cuando vio que el puño de Jerry iba a entrar otra vez en acción—. Le daré lo que quiere...

—Rápido. Cuenta con un minuto...

—Están en la caja fuerte.

Milton fue a levantarse, pero Jerry se lo impidió.

—Yo abriré la caja fuerte, señor Mann. Sólo tiene que decirme la combinación, y le ahorraré la molestia.

Milton le dijo la combinación, y dónde estaba la caja fuerte, detrás de un cuadro en que una bayadera interpretaba la danza del vientre.

Jerry abrió la caja fuerte y vio un revólver.

Sonrió, pensando en que Milton había querido sorprenderle.

—¿Dónde están las fotografías, señor Mann?

—En un sobre azul. El nombre de ella está puesto en el mismo.

Jerry dio con el sobre y sacó.

Allí estaban los seis negativos y dos copias de cada uno.

Jerry encanutó los labios y soltó un silbido.

Mabel Astor era un ángel con mucho fuego o un ángel caído. De eso no podía tener ninguna duda.

Lo devolvió todo al sobre.

De pronto vio, por el rabillo del ojo, que Milton había sacado un revólver de un cajón.

Entonces, se probó que Jerry tenía una larga zancada.

En una fracción de segundo, llegó de nuevo ante Milton y le descargó el filo de la mano en la clavícula.

Milton Mann se estremeció como si estuviese sentado en la silla eléctrica y le hubiesen metido una descarga de mil voltios.

Sus dientes castañetearon.

Sus ojos giraron en las órbitas, y luego cayeron hacia abajo, dejando ver solo el blanco.

Abrió la mano y el revólver cayó en el suelo.

—¿Qué le pasa, señor Mann? —dijo Jerry, abofeteándole—. ¿Se encuentra mal?

¿Quiere que le busque un doctor?

El señor Mann no podía responder.

Jerry tomó vino de los montoncitos de billetes. Contó mil dólares y los guardó en el bolsillo, con el sobre de las fotografías del ángel.

—Hasta la vista, Milton —dijo.

Salió del despacho, y el gigantón se volvió hacia él.

—¿Ya llegó a un acuerdo con el jefe?

Jerry le enseñó el fajo de billetes.

—Me dio un crédito de mil dólares.

—El señor Mann es muy generoso —dijo el empleado.

—Seguro que lo es, muchacho.

Jerry encendió otro cigarrillo y caminó hacia las mesas de juego.

Apostó cinco dólares a la ruleta, los perdió, y entonces se dirigió hacia la puerta de la calle.

—¿Qué tal su suerte, señor Daniels? —preguntó el portero.

—Muy mala —contestó Jerry—. Jugué y perdí. —Otra vez será.

—Sí, chico. La próxima vez tomaré el desquite.

Entregó un billete de dólar al portero, y éste le hizo una

reverencia mientras abría. Una vez en la calle, Jerry entró en su coche deportivo, un rugiente «Jaguar», y se alejó de aquel lugar de corrupción.

Media hora más tarde, entraba en una mansión de la Quinta Avenida.

Un mayordomo de largas patillas le acompañó hasta el salón-biblioteca, en donde se encontraba el millonario papá.

—¿Ya está aquí, señor Daniels?... Le encargué su trabajo hace tres horas... No me irá a decir que va a abandonar...

Jerry sacó el sobre con los negativos y las fotografías, y lo alargó al señor Astor.

Éste tomó el sobre y se quedó mirándole como si fuese algo extraño.

—¿Está aquí, señor Daniels?

—Sí. Ahí lo tiene todo...

—Me deja usted sorprendido... Pensé que el señor Mann no se conformaría tan fácilmente con los diez mil dólares que usted le llevaba.

Jerry sacó otro sobre, que arrojó sobre la mesa.

—Ahí tiene su dinero...

Ahora el señor Astor parpadeó, confuso.

—¿Quiere decir los diez mil dólares?

—Sí. El señor Mann no me dio oportunidad para hacer nuestra oferta.

—¿Quiere decir que esto lo consiguió gratuitamente?

—No. Le costó mil dólares al señor Mann.

Tras unos segundos de estupefacción, el señor Astor dijo:

—Señor Daniels, es usted más eficiente de lo que me habían dicho.

—Gracias.

—Me ha quitado un gran peso de encima.

—Celebro haberle servido de ayuda, y ahora adiós.

—Espere un momento... Quiero que se quede con estos diez mil dólares. Al fin y al cabo, ya los había dado por perdidos.

—Usted ya me pagó, y ya le dije que le saqué mil dólares a Mann. Teniendo en cuenta que empleé tres horas, salí a mil dólares la hora.

—Señor Daniels, me gustaría que aceptase otro trabajo para mí.

—Oh, no, gracias... Nunca he querido convertirme en guardaespaldas de una chica caprichosa... Si Mabel hizo algo peor que dejarse fotografiar por esa gentuza, tendrá que recurrir a otro...

—No se trata de Mabel, sino de su hermana Christine.

Jerry dio un suspiro.

—¿Qué le pasa a Christine?

—Quiero que me la devuelva.

—¿La perdió, señor Astor? Es usted muy distraído.

—Christine está en París, desde hace un año... Se graduó en Literatura en la Universidad. Siempre ha tenido aficiones literarias, y ella se considera como una gran poetisa... Christine es muy distinta a Mabel, como usted puede ver... Christine renunció al dinero que yo le daba. Vive en París por sus propios medios...

—No sabía que los poemas se pagasen.

—Christine no ha colocado un solo poema. Se empleó en unos grandes almacenes... He hecho un par de viajes a París para convencerla de que su conducta era completamente absurda... Pero no sirvió de nada.

—Sí, parece que tiene dos hijas muy distintas.

—Se lo puedo jurar, señor Daniels. Mabel gasta por las dos hermanas y Christine no me cuesta un solo dólar...

—¿Qué edad tiene Christine?

—Veintidós años, uno más que Mabel.

—Entonces, no puede usted hacer nada contra ella.

Es muy dueña de fijar su residencia en donde desee, y de rechazar su dinero...

—Tiene usted razón, señor Daniels, y tampoco tengo derecho a oponerme a que mi hija se case con un hombre.

—Es cierto, señor Astor. Tampoco se debe oponer.

—Sin embargo, me opongo.

—¿Quiere decir que Christine se va a casar?

—Sí. Eso es lo que va a hacer.

—Entiendo. Usted se opone porque su futuro yerno sólo ha pensado en casarse con Christine por sus millones.

—No lo sé.

—Entonces, ¿qué tiene contra él?

—Señor Daniels, el hombre que se va a casar con Christine es un chino...

Jerry estaba preparado para oír muchas cosas en este endiablado mundo.

—Señor Daniels —prosiguió el millonario—, descendemos en línea directa de una de las más aristocráticas familias de Inglaterra... Pero yo no soy un hombre de ideas anticuadas... He trabajado toda mi vida. Le diré que yo heredé de mi padre sólo dos millones de dólares y los he convertido aproximadamente en unos quinientos millones... He sido, por encima de todo, un luchador. Y a través de mi vida he tenido tiempo de conocer a toda clase de gente... Soy de las personas que opinan que en el mundo debe reinar la libertad... Pero, desde luego, no soy partidario de la revolución... Me niego a admitir que mi hija esté enamorada de un chino...

—Hay mujeres muy caprichosas.

—Eso es lo que me temo, señor Daniels, que lo de Christine sea un capricho... Es por lo que quiero que usted intervenga.

—¿Qué quiere que haga yo?

—Señor Daniels, quiero que investigue a ese chino... Necesito saber todo cuanto se refiere a ese hombre... Que usted se cerciore de que, efectivamente, se trata de un capricho de Christine, y si es así, usted debe poner todos los medios para impedir esa boda... En ese sentido hablaba cuando decía que me devolviese a mi hija. No me refiero a una devolución física, a que me la traiga aquí, sino a que la aparte de su capricho oriental, a que no abandone a la comunidad a la que pertenece, a la comunidad de Occidente.

—Señor Astor, me han ofrecido extrañas misiones en mi vida, pero la que usted me pide es la más rara de todas...

—Yo le ruego que acepte... Estoy dispuesto a pagarle doscientos dólares diarios, más una prima de quince mil dólares, si logra que mi hija no se case con el chino...

—¿Tiene alguna fotografía del oriental?

—No. Sólo conozco su nombre y que, supuestamente, se dedica a pintar. Se llama Tchun-Lao... Le daré una fotografía de mi hija.

El señor Astor se la entregó, y Jerry le echó un vistazo.

Christine era una mujer distinta a la Mabel que había visto en las otras fotografías. Tenía que serlo porque vestía con un jersey de cuello redondo y defendía los ojos con gafas de carey. Tenía todo el aire de una intelectual. Su cabello estaba recortado al estilo francés.

No daba la impresión de ser una mujer con mucho atractivo para los hombres.

—Quiero que salga cuanto antes para París, señor Daniels.

Jerry titubeó todavía unos instantes.

Una voz interior le decía que debía olvidarse de los Astor, pero hacía un par de años que no veía París.

Y Francia siempre era Francia.

—Está bien, señor Astor. Investigaré al chino. Pero si no encuentro nada contra él, no espere que le ponga la zancadilla a Christine, en lo que se refiere a su matrimonio... Dejaré el agua correr.

—Trato hecho.

Jerry se despidió de Astor y bebió un par de *whiskys* en un bar, antes de ir a su apartamento.

Al entrar en el *living*, se dio cuenta de que alguien se le había adelantado.

En la percha colgaba un abrigo de visón.

De pronto, vio salir a una joven de la cocina.

La identificó enseguida porque la había visto muchas veces en fotografía.

Era Mabel Astor, el ángel caído.

Era la primera vez que la veía en carne y hueso.

—Te prepararé café, querido —dijo ella.

—Eh, ¿qué hace usted aquí...?

—Hablé con mi padre, y me dijo lo bien que te habías portado conmigo.

—No fue contigo, sino con tu padre.

La joven, tenía un cuerpo sinuoso, un rostro picaresco y unos ojos que despedían chispas.

Se movió felinamente hacia Jerry y, cuando llegó ante él, le echó los brazos al cuello y lo besó en la boca.

Jerry la apartó de sí.

—Fuera de aquí.

—Querido, te estoy dando el premio.

—Ya me lo dio tu padre.

—Sí, pero esto es algo mucho más personal —contestó ella, y lo besó con más ardor que antes.

Jerry la tomó por la cintura, la levantó en vilo y la llevó hacia la

puerta.

En el camino, ella lo siguió besando.

Jerry tomó el abrigo de visón de la percha.

Tuvo que hacer un verdadero equilibrio para abrir.

Finalmente, dejó a Mabel en el corredor.

—¿Qué haces, querido? —dijo la joven.

—Nena, tú ya estás fuera de peligro. Pero tu hermanita me necesita.

—Yo también te necesito... Y Christine tiene a su chino.

Jerry la cubrió con el abrigo de visón y dijo:

—Pórtate como una buena chica hasta que vuelva.

—Eres un tonto, Jerry... Y un engreído, y un estúpido, y un monstruo...

La joven Mabel dio una patadita en el suelo y se marchó, furiosa, por el corredor.

Jerry exhaló el aire de sus pulmones mientras se introducía en el apartamento.

Otra vez su voz interior le dijo que había hecho el peor negocio de su vida al relacionarse con los Astor.

¿No demostraba Christine ser más extravagante que Mabel, cuando quería casarse con un chino?

CAPÍTULO II

Tchun-Lao oyó que llamaban a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

—Un empleado del gas.

—Yo no he llamado a nadie.

—No, usted no, pero lo hizo el vecino de arriba... Hay un escape... ¿Quiere abrir?

Tchun-Lao vaciló unos instantes, pero, por último, se decidió a abrir la puerta.

Un hombre se metió en la habitación muy aprisa y empujó a Tchun-Lao hacia la cama.

—Eh, usted... —dijo Tchun-Lao— no es un empleado del gas.

Su visitante era de nariz colorada, bigote espeso y muy alto.

—Tú y yo tenemos que hablar, Tchun-Lao.

—¿Quién es usted?

—El hombre que te va a hacer rico...

—Comprendo. Viene a comprar uno de mis cuadros... Entonces, venga conmigo al fondo. Es allí donde tengo el estudio... Llega a tiempo. Justamente un marchante de la orilla izquierda quería quedarse con todo.

El visitante siguió a Tchun-Lao hasta una habitación que utilizaba como estudio.

En la pared había muchos cuadros, todos paisajes orientales.

El visitante de Tchun-Lao miró los cuadros y luego dijo:

—No entiendo de esto, pero me parece que no están mal.

—Son de lo mejor, y vendo barato.

—Celebro que vendas barato, porque así llegaremos fácilmente a un acuerdo.

—¿Cuál prefiere? —preguntó Tchun-Lao, señalando los cuadros.

—No quiero ninguno.

—¿Eh?

—Quiero tu secreto... Y ya sabes a cuál me refiero.

—No sé de qué me habla...

—Escucha, chinito... No he venido aquí a perder el tiempo... Si no me das inmediatamente lo que quiero, te voy a poner la piel más amarilla.

Tchun-Lao parpadeó.

Había sido un estúpido al abrir la puerta a aquel hombre.

—Le aseguro que no lo entiendo.

Su visitante se dirigió hacia él y le soltó un puñetazo con la derecha.

Tchun-Lao se derrumbó contra uno de sus cuadros, cuyo marco convirtió en astillas.

En el suelo, cabeceó, tratando de recuperarse. Escupió un cuajo de sangre.

Su visitante lo estaba señalando con el dedo.

—Eso, para que sepas que no voy a andar con bromas... ¿Me vas a dar el secreto o necesito convertirme en pulpa?

—Se lo daré...

—Eso está mucho mejor.

Tchun-Lao se puso en pie y caminó hacia una pequeña mesa.

Su visitante lo siguió.

—Lo guardo en el segundo cajón... —dijo el oriental.

—Entonces, no te molestes, yo lo abriré... —contestó su visitante.

Fue él quien abrió el segundo cajón. Pero Tchun-Lao había conseguido su objetivo. La pistola no la guardaba en el segundo cajón, sino en una tabaquera.

Abrió ésta y empuñó el arma.

—Quieto —dijo.

Su visitante miró el arma, y arrugó su nariz colorada.

—Eres muy astuto, chinito...

—A mí también me enseñaron trucos —contestó Tchun-Lao.

Su visitante se enderezó.

—Bueno, no hay por qué ponerse a malas... Tú y yo somos personas decentes.

—Claro que sí.

—Nos pagan por hacer un trabajo...

—¿Cuál es tu nombre?

—Pierre Besson.

—¿Para quién trabajas, Pierre?

—Para unos y otros.

—Me refería a tu patrón actual, naturalmente.

—No conozco su nombre.

El chino arqueó el dedo en el gatillo.

—Te voy a meter una bala en la barriga, y apuesto a que entonces lo sabes.

—Doctor Edwin Rolker...

—¿Cómo sabe el doctor Rolker que yo tenía el secreto, Pierre?

—Palabra que yo lo ignoro.

—Te vas a ganar la bala en la barriga.

—Tienes que creerme, Tchun-Lao... Si lo supiese, te lo diría. A mí sólo me dijeron que viniese aquí y que te hiciera escupir el secreto...

—¿Dónde tendrías que llevarlo, cuando lo consiguieses?

—A un hotel.

—¿Qué hotel? —El Provenza.

—¿Está allí el doctor Rolker?

—Sí.

—¿Utiliza su nombre?

—Sí.

—Muy bien, Pierre. El doctor Rolker va a recibir la visita de unos amigos míos...

—Por mí, puedes hacer lo que quieras, Tchun-Lao. Yo ya terminé mi trabajo en este asunto.

Pierre se dirigió hacia la puerta cuando oyó a Tchun-Lao:

—Si das un paso más, te meto una bala en la espalda.

Pierre se detuvo, y volvióse con un gesto de amargura.

—Hemos quedado en que yo sólo soy un desgraciado.

—Sí, creo que sí lo eres... Tuviste la desgracia de venir aquí, y eso te va a costar la vida.

No estás hablando en serio.

Viniste a matarme, pero yo te saqué ventaja, y he de aprovecharla para matarte a ti.

Pierre Besson forzó una sonrisa.

—No tienes por qué matarme... Le haré una llamada al doctor Rolker. Le diré que no te encontré. Que te seguiré buscando... ¿Te das cuenta? Todo será favorable para ti, y podrás avisar a tus amigos para que hagan una visita al doctor Rolker...

—¿Crees que soy idiota, Pierre? Si te dejase salir, avisarías al doctor Rolker que fracasaste, y él estaría preparado.

—Te prometo que me iré a mi casa.

—Hay promesas que no se pueden tener en cuenta, y ésta es una de ellas.

—No quiero morir, Tchun-Lao... Sería una muerte estúpida.

—Eso debiste pensarlo antes de venir aquí a matarme.

—Yo no te habría matado. ¡Te lo juro! Jamás me manché las manos de sangre...

—No te creo, pero da lo mismo. Yo voy a matarte a ti, y basta...

—Espera un momento. Se me ocurre una idea. Ahí tienes un teléfono. Le diré al doctor Rolker que logré lo que él quería. Eso es mucho mejor que lo de antes... Le informaré que te maté después de arrancarte el secreto, y que enseguida voy al hotel Provenza... Eso permitirá a tus amigos operar con más tranquilidad con el doctor Rolker.

Tchun-Lao sopesó la propuesta:

—No está mal.

Pierre dio un suspiro de alivio.

—Sabía que te gustaría.

—Está bien. Habla.

Pierre Besson hizo un gesto afirmativo, y se dirigió hacia la mesa.

Descolgó el teléfono y se puso a marcar el número.

A la otra parte le llegó la señal característica de que el teléfono estaba comunicando.

—El doctor está hablando con alguien —informó.

Tchun-Lao le seguía apuntando con la pistola, y se había acercado a la mesa.

Pierre movió la mano hacia el bolsillo superior de la chaqueta.

—No hagas eso —dijo Tchun-Lao.

—Sólo quiero limpiarme el sudor de la cara. No hay nada en el bolsillo, excepto el pañuelo.

—Está bien. Sácalo con dos dedos.

Pierre sacó el pañuelo y lo extendió.

A continuación se lo pasó por la cara.

Era cierto que estaba sudando mucho porque la situación se había vuelto muy peligrosa para él. Se estaba jugando la vida.

—Vuelve a llamar —dijo el chino.

—Sí, ahora mismo.

Pierre marcó otra vez el número, conservando en la diestra el pañuelo.

Esta vez oyó la señal a la otra parte, y enseguida descolgaron.

—¿Quién llama...?

—¿Doctor Rolker...?

—Sí.

Soy yo. Pierre Besson...

¿Cómo ha ido todo, Pierre?

De maravilla, doctor.

—¿Ya tienes el secreto...?

—Sí, doctor, sí, aunque tuve que tratar duro al chino.

—¿Qué hiciste con él?

—Está muerto...

—Bueno, lo importante es que hayas conseguido lo que deseaba...

—Sí, doctor Rolker... El chino ya no servirá para nada.

De pronto, Pierre arrojó el pañuelo hacia la cara de Tchun-Lao y saltó sobre él.

El chino apretó el gatillo.

Sonó un estampido y la bala sólo chamuscó la chaqueta de Pierre, y luego se hundió en la pared.

Pierre pasó el hilo del teléfono por el cuello del chino, mientras golpeaba con el antebrazo la muñeca armada.

Tchun-Lao perdió la pistola, pero lo hizo más por instinto que por el efecto del golpe que había recibido en la muñeca. Sus manos trataron de apartar el hilo del teléfono, que se había enroscado en su cuello.

Pero Pierre no estaba dispuesto a que eso llegase a ocurrir.

Su cara parecía la de un loco, y gritaba mientras apretaba el hilo:

—Con que tú me querías matar, ¿eh, chinito...? Te lo advertí... Te dije que te pondría la piel amarilla, y es lo que voy a hacer

contigo ahora...

El teléfono colgaba entre los dos, y a través de él llegaba la voz del doctor Rolker:

—¿Estás ahí, Pierre...? ¡Dime lo que pasa...!

Pero Pierre no estaba para atender la llamada. Seguía apretando y apretando con todas sus fuerzas.

La cara del chino no se puso más amarilla, sino que empezó a enrojecer.

Su respiración se hacía entrecortada, ronca. Sus ojos parecían ir a salir de las órbitas.

Finalmente, todo él se desmadejó como un muñeco de trapo.

Pierre no dejó de apretar, por eso.

La voz seguía sonando por el micro:

—¡Pierre...! ¡Háblame, Pierre...! ¿Qué es lo que pasa ahí...?

Al fin, Pierre Besson abrió las manos y el chino cayó en el suelo, a sus pies.

Pierre dio unos pasos vacilantes.

Se pasó una mano por la cara.

Había estado en peligro de muerte, pero, una vez más, él había sido el triunfador.

Rió con risa nerviosa.

La voz del doctor Rolker seguía saliendo del hilo.

Entonces, Pierre Besson lo atendió.

—¿Qué pasó, Pierre...?

—El chino me obligó a llamarle a usted... Me sorprendió. Me estaba amenazando con una pistola...

—¡Eres un estúpido, Pierre!

—Pero yo terminé por engañarlo a él.

¿Qué has hecho con Tchun-Lao?

Está aquí... Tendido en el suelo.

¿Le arrancaste el secreto?

—No tuve tiempo.

—Pierre, examina a Tchun-Lao.

—Sí, doctor.

Dejó el auricular en la mesa y se agachó sobre el chino.

Le puso la mano en el corazón y, poco después, se levantó y habló de nuevo por el micro:

—Doctor, está muerto.

—¿Eh?

—Le apreté demasiado... Pero era su vida o la mía.

—¡Imbécil!

—Doctor, le juro que él tenía una pistola... Disparó sobre mí.

—Ojalá te hubiese matado... Tchun-Lao ha muerto, y nosotros no tenemos el secreto.

—Buscaré por aquí.

—¿Qué estás esperando, idiota?

—Ahora mismo me pongo a buscar.

Pierre dejó el teléfono descolgado sobre la mesa.

¿Por dónde empezaba? Bueno, primero eran los cajones.

Abrió el primero y lo volcó en el suelo para ganar tiempo, pero allí no encontró nada.

Tomó otro cajón y también lo volcó.

Entonces, le llegó una voz a su espalda:

—¿Necesita ayuda?

Pierre volvió la cabeza y vio a un hombre joven, rubio, que no conocía.

—Eh, ¿qué hace ahí? —dijo Pierre.

—Vine a hablar con Tchun-Lao, pero ya veo que el pobre no puede recibirme...

—¿Quién es usted?

—Mi nombre es Jerry Daniels. ¿Y el suyo?

Pierre se enderezó, mientras hinchaba los pulmones de oxígeno.

Aquel rubio no tenía ninguna pistola en la mano. Debía ser un tonto. Allí estaba, sonriente, mientras en sus ojos brillaba la inocencia.

—Yo no tengo nombre, señor Daniels.

—¿Tuviste padre?

—Te voy a hacer crujir los huesos...

—Eh, un momento. No vine aquí en busca de pelea, sino a hablar con Tchun-Lao.

—No puedes hablar con él. ¿Es que no lo ves?

—Comprendo. Tchun-Lao se hizo un lío con el hilo del teléfono y se ahogó él solo.

—¿Cómo sabes que fue con el hilo del teléfono...?

—Me basta con ver su cuello y el teléfono descolgado... Será mejor que lo dejemos en su sitio.

Jerry Daniels fue hacia la mesa, ante el asombro de Pierre, para quien aquel tipo era cada vez más raro.

Jerry tomó el teléfono, pero no lo colgó.

—Eh, ¿hay alguien ahí? —dijo por el micro.

—Se oye muy mal, Pierre —le contestó una voz, desde el otro extremo del cable. Aquí también se oye muy mal...

Pierre Besson salió al fin de su trance hipnótico.

Echó a correr hacia la mesa, mientras gritaba:

—¡Maldito, te voy a sacar los sesos...!

Jerry lo dejó llegar muy cerca, y entonces, utilizó el teléfono.

Se lo estrelló en plena cara.

Pierre retrocedió, con la nariz reventada.

—Oiga —dijo luego Jerry, por el micro, que había quedado un poco sucio—. ¿Sigue ahí? A la otra parte oyó el zumbido característico de haber colgado.

El también dejó el auricular en la horquilla y se volvió hacia Pierre, cuando éste intentaba sacar una pistola.

Jerry llegó ante él y le pegó un patadón en el bajo vientre.

Pierre se arrugó como un traje barato, y estrelló la cara contra el suelo.

Era demasiado, incluso para él, a pesar de que su cara había recibido muchos golpes a lo largo de la vida.

Jerry sacó un cigarrillo de su pitillera de oro y le prendió fuego con un encendedor de gas.

Con eso dio tiempo a que Pierre se recuperase un poco.

—Levántate, muchacho —dijo.

Pierre se levantó, tambaleándose. Pero estaba haciendo teatro, y se arrojó sobre Jerry.

Daniels saltó a un lado y esgrimió la izquierda.

Besson se fue contra la pared.

Se estrelló y resbaló dulcemente, quedando sentado en el suelo.

—Eres testarudo —dijo Jerry—. No vuelvas a las andadas.

Pierre sacudió la cabeza en sentido negativo.

—Estaba conforme en no intentarlo, pero la realidad era que no tenía ya fuerzas para ello. —¿Quién era el tipo del teléfono...?

—Mi jefe.

—¿Quién es tu jefe?

Pierre pensó que, si le había salido bien el truco con el chino,

también le podía servir con Jerry Daniels.

—El doctor Rolker...

—¿A qué te envió?

—A matar al chino.

—¿Por qué el doctor Rolker quería matar al chino?

—Yo no lo sé. El me dio una orden, y yo tenía que obedecer.

—Entiendo, quizá el doctor Rolker le tiene miedo al peligro amarillo. Seguro que es uno de esos fanáticos que sueñan todas las noches con una pila de chinos.

—Sí, debe ser eso.

—¿Es que crees que me chupo el dedo? El chino ya había muerto, y tú estabas registrando en los cajones. ¿Qué es lo que buscabas?

Pierre se quedó aturdido.

—Dinero. Eso es lo que buscaba.

—Comprendo. Ya que estaba muerto, él no necesitaba los billetes en el infierno.

—Eso es.

—Te voy a hacer la trepanación... ¿Tú no sabes lo que es? Yo te lo explicaré, muchacho.

Te voy a horadar el cráneo y va a ser con una bala de un calibre moderado.

—Usted no se convertirá en un asesino.

—¿Y lo dices tú, Pierre? ¿Qué es lo que hiciste con el chinito?

—Lo maté en legítima defensa.

—Sería muy original que te oyese los jueces... Lo estrangulaste con el hilo del teléfono para que él no te echase el mal de ojo...

—Tenía una pistola. La puede ver ahí, en el suelo. No le miento. ¡Fue una legítima defensa como una casa...! ¡Lo juro...!

—Te haré la pregunta otra vez. ¿Qué es lo que quería el doctor Rolker, de Tchun-Lao?

—Un cuadro.

—No eres nada original...

—¡Le juro por mi padre que era un cuadro!

—Hemos quedado de acuerdo en que no tuviste padre... Y si sigues así, te vas a quedar también sin dientes...

—Oiga, le voy a decir ahora la verdad.

—Vaya, eso es la mar de interesante. Tú, diciendo la verdad...

—Le prometo que no le mentiré.

—Venga, empieza ya...

Pierre había pensado con serenidad durante unos segundos. Su jefe, el doctor Rolker, sabía dónde se encontraba, y también se había informado de que alguien se había presentado inesperadamente en el estudio de Tchun-Lao, aquel entrometido que decía llamarse Jerry Daniels.

¿Cómo no lo había pensado antes? Naturalmente, el doctor Rolker le enviaría gente para sacarle del atolladero.

—Estoy esperando que digas esa verdad, Pierre —le recordó Jerry.

—La sangre de la nariz no me deja respirar.

—Voy a contar hasta tres, y si para entonces no me has cantado toda la letra, empiezo con la trepanación.

—Tchun-Lao poseía un secreto.

—¿Qué secreto?

—La forma de desencadenar la tercera guerra mundial.

—¿Qué dices?

—Es eso... Tchun-Lao lo tenía en su poder...

—¿Qué es lo que tenía en su poder?

—Ya se lo he dicho. Pero yo no sé concretamente de qué se trata. El doctor Rolker no me lo dijo... Le juro que yo no sé si se trata de una fórmula, de unos planos o de qué maldita cosa... Lo único que puedo decirle es que, con lo que tenía Tchun-Lao en su poder, se iba a armar la gorda... Sí, señor Daniels. Lo que ese chinito poseía desencadenaría la guerra atómica...

En aquel momento se abrió la puerta de golpe y Jerry saltó hacia la pared que estaba a su espalda.

Mientras tanto, estaba sacando la pistola.

Dos fulanos se habían detenido en la puerta y cada uno de ellos exhibía una metralleta.

Soltaron dos ráfagas.

El primer chorro de balas fue para Pierre Besson, que saltó en el suelo como un epiléptico.

La segunda rociada tenía por objetivo el cuerpo de Jerry, pero las balas picotearon donde segundos antes se encontraba.

El joven hizo fuego con su pistola hacia el individuo que lo quería convertir en un colador.

El fulano lanzó un aullido y se desplomó porque había recibido una bala en la boca.

Su compañero no se detuvo un segundo más. Había cumplido con su misión, la de cargarse a Pierre Besson, y daba por descontado que su compañero cumpliría la suya, acabar con Jerry Daniels.

Jerry hizo fuego otra vez hacia la puerta, pero ya el asesino de Pierre Besson había desaparecido.

Se levantó y echó a correr.

Desde lo alto de la escalera, miró hacia abajo, buscando al tipo, pero éste ya estaba muy lejos.

Daniels corrió en pos del asesino.

Al llegar a la calle, vio que un coche negro se apartaba de la acera, unos metros más arriba, y salía disparado.

Oyó gritos en la casa.

Los vecinos empezaban a sentirse molestos por los ruidos que habían salido del estudio de Tchun-Lao.

Jerry decidió que, dadas las circunstancias, era preferible no volver al estudio del chinito muerto.

CAPÍTULO III

Jerry Daniels entró en los almacenes Mercier.

Preguntó en información por Christine Astor, y le dijeron que estaba en la sección de hombres.

Reconoció enseguida a la muchacha porque ella seguía utilizando las gafas oscuras y poseía aquel aire intelectual que se reflejaba en la fotografía.

—Buenos días, ¿qué desea? —preguntó la joven, cuando él se acercó al mostrador.

—Quisiera comprarme algunas cosas de luto.

—Tenemos un buen surtido.

La voz de Christine sonaba un poco grave, casi susurrante. Una maravillosa voz, especialmente para cuando la mujer estuviese tendida en un diván y dijese las cosas al oído.

—Vea este traje cruzado. Es muy sobrio. —Christine se había dirigido hacia unas perchas.

Jerry fue a su lado.

—No está mal, pero quizá no resulte. Se trata del entierro de un chino.

Christine dio un respingo.

—¿Un chino?

—Sí. Le mataron hace poco... Era un pintor... ¿No tendrá algo especial para el entierro del chino?

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Christine, mientras su cara palidecía.

—Tchun-Lao.

—No puede ser...

—¿Lo va a saber usted mejor que yo? Yo lo vi muerto.

—¿Cómo murió...?

—Le pusieron un hilo telefónico alrededor del cuello y no le dejaron respirar durante un rato... El chino no lo pudo resistir y se murió.

La joven se tambaleó, y Jerry la tomó por el talle.

—¿Se siente mal, señorita?

—Sólo es un pequeño mareo.

—Comprendo. ¿Va a tener un hijo?

—Oh, no, de ninguna forma. Yo soy soltera, caballero.

—Bueno, también algunas solteras se descuidan... ¿Qué le parece si nos vamos de aquí y tomamos una copa juntos?

—No puedo marcharme... ¿Es que no ve que estoy trabajando...? Eh, ¿quién es usted?

—Jerry Daniels.

—¿Jerry Daniels? Nunca oí hablar a Tchun-Lao de usted... Ahora comprendo.

—¿Qué es lo que comprende?

—No vino aquí a comprarme un equipo de luto, sino a darme la noticia. Confiese que es falsa... ¿Qué es lo que pretende?

—Escuche, monada. Volé desde Nueva York a París porque el señor Astor deseó saber qué clase de chino iba a tener por yerno... Pero llegué demasiado tarde. Es cierto lo que le dije antes... A Tchun-Lao lo mataron con el cable del teléfono.

—¡Usted lo mató...!

—Déjese de ataques de histerismo, monada... Yo no tenía nada contra el chino. Sólo quería hacerle unas preguntas acerca de su pasado y su presente, para saber algo acerca de su futuro... Pero no pude dirigirle una sola pregunta.

—¿Quién lo mató entonces?

—Un hombre llamado Pierre, un tipo de unos cincuenta y cinco años, de nariz colorada, ojos azules y unos ochenta y cinco kilos de peso.

—No conozco a ese hombre... Pero ¿cómo llegó usted a conocer al asesino?

—Porque lo atrapé en el estudio de Tchun-Lao. Estaba registrando unos cajones. Le hice cantar, y dijo que había ido allí por un secreto que tenía Tchun-Lao.

—¿Un secreto?

—Sí, algo que serviría para provocar la tercera guerra mundial.

Pero tampoco Pierre Besson pudo agregar mucho porque se presentaron dos tipos. Ellos acabaron con Pierre y yo acabé con uno.

—Oiga, ya sé quién es usted.

—Sí, Jerry Daniels, ya se lo dije antes.

—No. Es un loco escapado de una clínica.

—¿En qué me lo conoció?

—Basta mirarlo a la cara para saber que está chiflado...

—¿Qué hace con esas gafas? ¿Es que no sabe peinarse de otra forma? ¿Por qué no se pinta los labios...? Por si le interesa, le iría muy bien un rojo de abedul otoñal...

Christine miró a Perry como si realmente él estuviese loco.

—Le daré el equipo de luto, señor Daniels.

—Traje negro, camisa negra, corbata negra...

—Desde luego, y además no le cobraré nada. Será regalo de la casa.

En aquel momento, Jerry sintió que algo oprimía su espalda.

Volvió la cabeza y vio que un tipo estaba casi encima de él.

Ya no tuvo duda de lo que apretaba su riñón.

Era una pistola.

Había otro hombre cerca de Christine, también muy encima de ella. Y por la cara que ponía la joven, Jerry dedujo que también la estaba amenazando con otra arma.

—A callar, muñecos —dijo el tipo que le había tocado en suerte a Jerry.

—Eh, ¿qué le pasa a usted? —exclamó Christine al hombre que la amenazaba—. Si no me quita las manos de encima, me pongo a chillar.

Jerry dio un suspiro.

—No grite, Christine... Si lo hace, estos muchachos se pondrán nerviosos y dispararán.

—¿Disparar, ha dicho?

—Nos están apuntando con pistolas.

El muchacho que estaba con Jerry era moreno, de cara que parecía hecha con barro y a pegotes.

—Usted es un sabelotodo.

—También soy un «suertudo».

—Le apuesto a que no.

—¿Van cien francos?

El compañero de Cara de Barro, un rubio de ojos verdosos y labio inferior colgante, dejó oír su voz, que era chillona como la de una mujer:

—No hagas payasadas, Robert. Recuerda que estamos en un almacén lleno de público... —Sí, Vince.

La joven estaba cada vez más aturrida porque en un momento se había visto con tres hombres encima de ella.

—¿Por qué no hacen cola? —dijo.

—Premio al chiste ingenioso —contestó Robert *Cara de Barro*.

El rubio intervino nuevamente:

—Quiero probarme ese traje negro que tiene en la mano, señorita...

La obligó a andar, empujándola.

Cara de Barro hizo lo mismo con Jerry.

Los cuatro se dirigieron hacia los probadores, que eran muy pequeños.

El rubio abrió el probador número cuatro.

—Todos dentro.

—Esto es un escándalo —dijo Christine—. No puedo estar presente mientras usted se va a probar el traje.

—Eso es lo que dicen todas, antes de verme en ropa interior —contestó el rubio, con una risa diabólica.

Cara de Barro empujó a la joven hacia el probador, y él entró a continuación.

Luego empujó también a Jerry.

Los cuatro apenas podían moverse en el probador.

Cara de Barro se apoyó en la puerta.

—Ahora vamos a jugar al bonito juego del gana o pierde... Les diré en qué consiste... Yo haré preguntas, y ustedes las contestan... A la primera equivocación, pagan prenda.

Jerry se frotó las manos.

—Me gusta. Es la mar de divertido. Yo he jugado varias veces a eso.

El rubio abrió la boca.

—Eh, Robert, aquí tenemos a un muchacho muy instruido. Y apuesto a que él va a pagar el primer juego... Dile en qué va a consistir el castigo.

—En una bala —contestó Cara de Barro.

Christine protestó:

—Creí que me las tendría que ver con un loco, pero ya veo que son tres. ¿Por qué no se ponen todos de acuerdo y vuelven al hospital de enfermos mentales?

—Oiga, gafitas —le dijo Robert—, queremos que nos de muy rápidamente el secreto de Tchun-Lao.

—¿Tchun-Lao?

—Sí. El chinito que se iba a casar con usted, y que ha preferido desposarse con la muerte.

Christine hizo un gesto de sorpresa.

—Entonces, ¿es cierto que lo mataron...?

—Está para que hagan con él una pira funeraria... De modo que le acompañamos en el sentimiento. Pero no se perdió nada, ricura. Hay más chinos que lentejas. Podrá agenciarse otro, si es una chica obediente... Ande, suéltenos lo que Tchun-Lao tenía. —No sé a qué se refiere.

—Malo.

El rubio cabeceó.

—Oiga, monada, no le queremos hacer ningún daño. Sólo queremos lo que Tchun-Lao le dio a guardar.

—A mí no me dio a guardar nada.

—Recuerde, nena, porque en ello le va la vida.

—Le repito que no me dio nada.

Jerry no esperó más.

Soltó el puño derecho.

Las personas que estaban en la sección fueron testigos de un extraño suceso.

El probador número cuatro reventó.

Un hombre salió escupido, entre una lluvia de astillas, y rodó por el suelo.

Inmediatamente se oyó una segunda explosión y otro trozo de probador salió por el aire, dando paso a un segundo individuo.

El primer fulano, un rubio, se puso de rodillas e hizo fuego contra lo que quedaba del probador, en donde se veía a un hombre y una mujer.

Pero resultó que el hombre que estaba dentro también hizo fuego.

El primer fulano que había hecho uso de la pistola gateó por el suelo cuando ya su compañero corría hacia la puerta.

Atropellaron a clientes, entre ellos a dos ancianos, y siguieron corriendo hacia la calle.

Entre los restos del probador, Christine estaba a punto de caer desmayada. Jerry la tomó por la cintura, y era la segunda vez que lo hacía.

—Valor, nena.

Christine apoyó la cara en el pecho varonil.

—Cielos... ¿Es sueño o realidad...?

—Ahora mismo lo sabrá —contestó Jerry, y la besó en la boca.

—Eh, ¿qué es lo que hace? —dijo Christine, retirándose.

—Sólo quería ayudarla. Ahora ya sabe que está despierta.

Dos empleados venían corriendo hacia el lugar de la catástrofe.

Una compañera de Christine se había desmayado y otras dos le hacían aire.

Uno de los altos cargos de la sección, un tipo calvo que olía a masaje, galleó:

—Señorita Astor...! ¿Me quiere explicar qué es lo que ha pasado aquí...?

—Yo se lo explicaré, caballero —contestó Jerry—. La señorita Astor está demasiado emocionada para hacerlo.

El calvo con olor a masaje enarcó las cejas, esperando una respuesta y Jerry se la dio.

—Un cliente demasiado violento protestó porque un traje que había comprado aquí le salió demasiado malo... Yo salí en defensa de la señorita...

—Pero... ¿se han hecho disparos...!

—El cliente quiso amenazar a la señorita...

El hombre que acompañaba al calvo quiso poner el traje en su percha. Al hacer el hueco entre las otras perchas que colgaban de la barra, descubrió algo insólito. Allí había escondido un chino.

—Eh, ¿qué hace usted ahí...?

El chino asomó entre los trajes, haciendo reverencias, y, de pronto, salió disparado hacia la puerta.

—¡Cojan a ese chino...! —gritó el calvo.

El oriental se volvió.

Tenía una pistola en la mano, con la que empezó a disparar.

—¡A tierra...! —gritó Jerry.

El calvo y todos los que había allí se arrojaron al suelo.

En un santiamén, el chino desapareció.

Ahora, en el local la conmoción era enorme.

El calvo se levantó y tenía el rostro más amarillo que el chino.

—¿Qué significa esto...? ¡No entiendo nada...!

Jerry aprovechó la confusión para empujar a Christine Astor.

—Vámonos de aquí... ¡Rápido!

La joven se dejó conducir entre la gente y, poco después, salieron a la calle.

Christine pareció darse cuenta de que ella era una empleada del almacén, y de que no había terminado su jornada de trabajo.

—Eh, no me puedo marchar...

—Lo que no puede hacer es quedarse ahí o la sacarán metida en un ataúd...

—¿Por qué...?

—Es usted muy ingenua, Christine. Vince y Robert iban por usted... Y el chino que vio hace un momento no llegó a su sección para comprar una camisa hawaiana.

—¿Quiere decir que todos vienen detrás de mí?

—Sí. Y ya ha visto que son personas que no se andan con delicadezas... Todos tenían una pistola.

Jerry hizo una señal a un taxi, y empujó a la joven dentro.

—Eche a correr —dijo Jerry al conductor—. Ya le diremos dónde tiene que parar.

El taxi se sumergió en el tránsito.

Christine se relajó en el asiento.

—Pero ¿qué es lo que quería toda esa gente...?

—Ya se lo expliqué. El secreto de Tchun-Lao, capaz de desencadenar la tercera guerra mundial...

—Yo no tengo nada.

—Es demasiado pronto para que conteste a esa pregunta.

—¿Por qué dice eso?

—Hay una cosa segura. Y es que dos bandas distintas creen que usted puede ayudarles mucho a encontrar el secreto de Tchun-Lao.

—¿Son pandillas distintas...?

—Según mis cálculos, Vince y Robert trabajan por cuenta de un tal doctor Rolker, y el chino que apareció entre los trajes representa

al bando oriental, es decir, que era un amigo de Tchun-Lao... Vince y Robert podrían haberse equivocado con respecto a la persona que posee el secreto, pero ¿cómo se iba a equivocar el chinito? De modo que hay que llegar a la conclusión de que Christine Astor juega un papel más importante de lo que usted misma cree.

—Debe haber una confusión.

—¿De veras?

—Tchun-Lao sólo era un pintor.

—Me parece que se equivoca. Debió ser algo más. —¿A qué se refiere?

—Era un espía.

—Oh, no...

—Oh, sí.

—Señor Daniels, tengo hambre...

—Muy bien. La llevaré a comer y, en el transcurso del almuerzo, usted me contará muchas cosas...

Jerry se dirigió al conductor:

—Llévenos a un restaurante discreto.

El restaurante discreto estaba decorado con motivos dieciochescos.

Efectivamente, no había muchos clientes en aquellos instantes.

Christine y Jerry tomaron posesión de una mesa del fondo, e hicieron el pedido al camarero.

Para empezar, bebieron «martinis».

—Bueno —dijo Jerry, tras encender un cigarrillo—. Ahí va la primera pregunta... ¿Por qué se iba a casar con Tchun-Lao?

—Porque lo quería.

—No le creo.

—Es usted demasiado atrevido, señor Daniels.

—Oiga, cariño, usted le pasaba un palmo a Tchun-Lao.

—¿Y eso qué tiene que ver...? Me gustan los hombres pequeños.

—Era chino.

—No soy racista.

—Eso le honra, pero a mí no me complace.

—¿Qué es lo que está pensando, señor Daniels...? —Todavía nada. Estoy pidiendo explicaciones.

La joven se levantó.

—Perdone, pero he de ir al tocador...

—No tarde mucho.

—Volveré enseguida.

La joven se dirigió hacia los servicios, pero no entró en el tocador, sino en una cabina telefónica que encontró en el pasillo. Cerró la puerta para asegurarse de que no la escuchaban, y marcó el número.

Descolgaron a la otra parte y oyó una voz:

—¿Sí...?

—Habla

Z-10.

—Informe,

Z-10.

—Tchun-Lao fue asesinado.

—Ya lo sabemos...

—El hombre que lo mató se llamaba Pierre Besson... Llegó un entrometido, un compatriota mío, llamado Jerry Daniels... Al parecer, Pierre Besson trabajaba para el doctor Rolker... Dos hombres del doctor mataron a Pierre Besson y trataron de hacer lo mismo con Daniels, pero mi compatriota despachó a uno de ellos y escapó... Vino al almacén para hacer preguntas... Es un hombre la mar de interesante.

—¿En qué sentido lo dice?

—Hizo huir a dos hombres del doctor Rolker. Se hacen llamar Vince y Robert... Se armó un gran escándalo porque hubo disparos de pistola. También apareció un chino...

—El asunto está muy movido.

—El señor Daniels está conmigo, en el restaurante Dama Elegante... Tengo la impresión de que, si me sigue preguntando, va a llegar al fondo de la verdad...

—Desembarácese de él.

—Está bien. Lo intentaré...

—Y traiga cuanto antes el secreto.

—¿El secreto? Pero si yo no lo tengo.

—Z-10, ¿qué es lo que trata de insinuar?

—Le aseguro que yo no tengo el secreto de Tchun-Lao.

—Eso es absurdo.

—También me lo parece a mí, porque todo el mundo está dispuesto a cazarme...

—Eso quiere decir que debe tenerlo.

—Oh, no... De ninguna manera.

—Quizá lo tenga y no lo sepa,

Z-10.

—¿Eh...?

—Ya se lo he dicho... Es posible que Tchun-Lao le diese a usted el secreto en una forma misteriosa... Tiene que recordar.

—Es lo que me dijo uno de los hombres del doctor Rolker, que yo debía recordar...

—Entonces, no se entretenga. El tiempo está contra nosotros... De momento, se ha librado del doctor Rolker y de los chinos, pero, quizá en muy breve plazo, vuelva a estar en peligro... Dadas las circunstancias, será mejor que la protejamos. En definitiva,

Z-10,

usted debe salir de la circulación. Desembarácese de Jerry Daniels y acuda al lugar de siempre... Es una orden.

—Sí, señor.

—Eso es todo... Volveré a hablar con usted personalmente...

Christine esperó que colgasen al otro lado para hacerlo ella.

Se quedó pensativa un rato.

Al fin, supo lo que tenía que hacer.

CAPÍTULO IV

Christine salió por la puerta trasera. Se había librado de Jerry dejándolo en la mesa, porque no había vuelto con él después de su conversación telefónica.

Hizo una seña a un taxi, y éste se detuvo junto al bordillo de la acera.

Christine abrió la portezuela y pasó dentro, pero, de repente, alguien entró tras ella.

—Eh, oiga... —empezó a decir Christine, pero enmudeció al ver que el hombre que se sentaba a su lado era el mismísimo Jerry Daniels.

—Christine —empezó él, mirándola con sus ojos inocentes—. ¿Quién le dijo que en ese restaurante hay una mala cocina...?

—Un amigo.

—Debió compartir conmigo el secreto... No estuvo nada bien que me dejase ahí. Pude haber sido envenenado.

Naturalmente, había una segunda intención en las palabras de Jerry.

—Oiga, señor Daniels, usted ha sido muy simpático.

—Gracias.

—Y muy amable.

—De nuevo gracias.

—Pero ahora quisiera estar sola...

—Claro. Ha de pensar en el desaparecido Tchun-Lao.

—Sí. Era un buen hombre, maravilloso, atento...

—Ya no le creo una palabra.

—¿Cómo?

—Es usted una embustera.

—Señor Daniels, me está ofendiendo...

—He llegado a una conclusión. Usted también iba detrás del secreto de Tchun-Lao y, para sacárselo, lo enamoró... Usted, Christine, se estaba sacrificando para ayudar a alguien. Mi siguiente pregunta tiene que ver con eso. ¿Por cuenta de quién trabaja usted...?

—Tiene una mente muy fantástica, Jerry.

—No sabe usted cuánto. De pequeño me creía Hernán Cortés y D'Artagnan...

Y cuando llegué a mayor, cometí el más grave error... Me seguí creyendo Hernán Cortés y

D'Artagnan.

—Entiendo. Le gustan los líos.

—Sí, mucho. No puedo vivir sin ellos...

El conductor volvió la cabeza.

—Eh, todo lo que ustedes dicen es la mar de interesante, pero todavía seguimos en el mismo sitio...

—Llévenos al Bosque de Bolonia —dijo Jerry.

—No quiero ir al Bosque de Bolonia —exclamó la joven.

—¿Adónde quiere ir, querida?

—A mi casa.

—Muy bien. Dé la dirección de su casa.

—Quiero ir sola.

Jerry le guiñó un ojo al conductor.

—Tiene propina doble, si nos lleva a la orilla izquierda.

—Eso está hecho.

El conductor puso el auto en movimiento.

Christine fue a protestar, pero se dejó caer, enfurruñada, y cruzó los brazos. Jerry sacó su pitillera de oro.

—¿Un cigarrillo?

—No, no quiero nada de usted.

Jerry, después de encender un cigarrillo, sonrió.

—Está interpretando muy bien su papel de chica tonta...

—No le entiendo.

—Todo lo suyo es una comedia... Podría engañar a cualquier otro hombre, pero no a mí... De modo que le voy a dar un consejo... Cuéntemelo todo y podré ayudarla...

La joven apretó los labios.

Jerry movió ligeramente la cabeza para mirar por la ventanilla

trasera. Luego volvió a mirar a Christine.

—Puede seguir callada, y conseguirá llegar a la tumba, rodeada de una aureola de misterio.

—Soy fuerte y gozo de buena salud...

—He visto como morían personas que gozaban de muy buena salud porque se encontraron en el camino una bala.

—No sé de qué me habla.

—Nos están siguiendo.

—No le creo.

—Le voy a llamar Christine la escéptica... Pero si sólo se fía de lo que sus ojos ven, vuelva la cabeza y verá un hermoso auto negro en el que viajan cuatro personas. A dos de ellas las conocemos ya. Son Vince y Robert.

Christine miró por la ventanilla y comprobó que Jerry tenía razón.

—Tiene que ayudarme, señor Daniels.

—¿A qué?

—A librarme de esos tipos.

—¿Qué propone para conseguirlo?

—Me bajaré en cualquier esquina, y usted continuará en el auto.

Fue ahora Jerry quien cruzó los brazos.

—No me interesa lo más mínimo su oferta.

—Usted es un caballero... De pequeño, creyó ser Hernán Cortés

y

D'Artagnan,

y ellos eran unos hombres que me habrían ayudado, si hubiesen estado en su lugar...

—Es posible que ellos la hubiesen ayudado, pero yo soy Jerry Daniels... Y no me juego la piel sin saber por qué lo hago.

—Lo hace por mí.

—No me basta.

Debería bastarle porque soy una dama.

Falta un pequeño detalle para que me decida a hacer el sacrificio. Yo debería estar enamorado de usted, Christine, y no lo estoy... Si yo la dejo escapar, me convertiré en un muñeco de tiro al blanco... No, decididamente, no pienso ayudarla... A menos que me explique los distintos números del programa.

—Le haré una promesa. Yo saltaré y, cuando usted se haya

librado de ellos, viene a mi casa... Entonces, se lo contaré todo.

—Mi respuesta es no.

—¿Por qué no?

—Quiero oírle a usted la historia aquí, en este taxi.

—Pero vamos a perder un tiempo precioso. En cualquier momento ese auto nos alcanzará y se pondrá a soltar plomo.

—Por ello debe hablar rápidamente y no perder más tiempo...

—Es usted un chantajista, Jerry.

—Quizá.

—No puedo decírselo aquí porque lo oirá el taxista.

—Los taxistas no tienen oídos, ¿no lo sabe...? Por si le sirve de algo, el auto negro se empieza a acercar peligrosamente.

—Trabajo para el Deuxième Bureau.

—¿En qué?

—Tratamos de dismantelar la operación que tiene por objeto provocar la tercera guerra mundial.

—¿Quiénes van a declarar la tercera guerra mundial?

—Un grupo de chinos, al mando de un hombre llamado Kung-Li.

—¿Trabajaba Tchun-Lao para ellos?

—Desde luego.

—¿Y cómo se las van a arreglar?

—Con dos bombas atómicas. Una de ellas la lanzarán en Nueva York y la otra en Moscú. Primero entrará en acción una y luego, con una diferencia de quince minutos, la otra. Los primeros pensarán que son atacados, y los segundos que son objeto de una supuesta represalia...

—Eso parece demasiado fantástico, querida.

—Es la verdad.

—¿Dónde están las dos bombas?

—En un punto de Africa.

—¿Dónde, le pregunté?

—No lo sé. Y ése era el secreto de Tchun-Lao... En estos momentos, las bombas atómicas están siendo transportadas a un lugar de Africa. Nosotros necesitamos saber dónde las dejarán y cuándo van a ser lanzadas...

—¿Cómo supo el Deuxième Bureau ese plan siniestro?

—Por mí...

—Entiendo. Usted enamoró a Tchun-Lao para que le soltase prenda.

—Así es.

—No estaba enamorada de él.

—No.

—Acerté. Todo lo suyo era una pura comedia.

—Es cierto. Usted es muy listo. Pero no le servirá de nada su inteligencia, si esos hombres nos llenan de plomo...

—Hay una contradicción, intelectual.

—¿Dónde está la contradicción?

—Si los chinos quieren lanzar una bomba atómica en Moscú y otra en Nueva York, significa que el doctor Rolker está en contra de esa tercera guerra mundial. Por tanto, los intereses del doctor Rolker y los del Deuxième Bureau son los mismos... ¿Por qué, entonces, el doctor Rolker está contra ustedes?

—Existe una explicación muy sencilla.

—Dígala. —El doctor Rolker es un loco... Ha visto la oportunidad de lograr esas dos bombas atómicas para su uso particular... El doctor piensa que, por primera vez en la historia, un hombre puede hacerse dueño del arma más poderosa que ha creado el hombre... El doctor Rolker supone, con razón, que esos chinos han tenido que construir un gran tinglado en algún punto de Africa... Ya me entiende, plataforma de lanzamiento y el montaje que todo eso lleva consigo... El doctor se quiere apoderar de esa planta industrial, que resultaría terrorífica en sus manos. La utilizará en su propio beneficio, para ejercer chantaje sobre cualquier nación... Incluso la ONU.

—Eso parece formar parte de *Las Mil y Una Noches*...

—Las *Mil y Una Noches* fueron escritas hace muchos siglos, Jerry.

—¿Cómo sé que lo que dice es verdad?

—No le he mentado.

—Debe aclararme algo.

—No hay tiempo para aclarar más...

—Hay mucho tránsito por aquí... El auto en que viajan nuestros amigos no se acercará en unos minutos.

Christine hizo un gesto de exasperación.

—¿Qué quiere saber?

—Suponiendo que no me haya engañado, Tchun-Lao supo que estaba corriendo un grave peligro y, supuestamente, le pasó a usted el secreto del lugar desde donde serán lanzadas las bombas... ¿Por qué diablos iba a hacer tal cosa, si él representaba a los chinos que quieren provocar la tercera guerra mundial?

—Tchun-Lao era más importante de lo que usted piensa. Era él el encargado de señalar el día y la hora del lanzamiento, y el brazo derecho de

Kung-Li...

Tchun-Lao vivía aquí en París y tenía muchos contactos... Los chinos no quieren lanzar sus bombas en cualquier momento, sino en el que les sea más propicio. Tchun-Lao era el encargado de determinar ese instante... Usted debería conocer a los chinos. Son meticulosos, muy distintos a nosotros, los occidentales...

—¿Por qué no atraparon a Tchun-Lao y le hicieron cantar?

—Porque Tchun-Lao ignoraba, hace unos días, el lugar de emplazamiento de las bombas...

Todo me parece demasiado complicado.

También lo ha sido para nosotros...

—¿Dónde está

Kung-Li,

el jefe de los chinos?

—No lo sabemos.

—Saben muy pocas cosas, querida.

—Hemos trabajado sólo durante cuatro semanas.

—Lograron demasiado poco para cuatro semanas...

—¿Habría conseguido usted más, Jerry?

—Quizá sí. Pero no hablemos de eso. Se me ocurre otra cosa...

Si ha dicho la verdad, los chinos corren detrás de usted porque ellos también creen que usted se informó de cosas relacionadas con su plan.

—Han debido descubrirme.

—Ahora que está muerto Tchun-Lao,

Kung-Li

será quien decida cuándo se lanzarán las bombas atómicas.

—Lo mismo pienso yo.

—Pierre Besson estaba buscando algo en los cajones de Tchun-Lao.

—Quizá el doctor Rolker pensó que Tchun-Lao tendría un memorándum de todo el plan, aunque quizá estaría en clave. Si el doctor conseguía ese memorándum, todo consistiría en descifrar la clave.

—Muy lógico. Pero sigue en pie la misma pregunta. ¿Por qué Tchun-Lao le iba a confiar a usted el secreto?

—¿Y si fuese todo una maniobra de distracción de Tchun-Lao?

—¿Quiere decir que Tchun-Lao se dio cuenta de que el doctor Rolker se disponía a ajustarle las cuentas?

—Sí, eso lo explicaría todo.

—Pero significaría que usted no posee el tal secreto.

—No, desde luego.

—Y también significaría que usted y el Deuxième Bureau han fracasado en el intento de impedir la explosión de las dos bombas atómicas.

La joven dio un suspiro.

—Hice todo lo que estuvo en mi mano. No tengo culpa de ese fracaso... Y ahora, por favor, ¿me va a ayudar?

—¿Dónde vive usted?

Christine le dio una dirección de Saint-Germain-des-Prés.

Luego, Jerry se dirigió al conductor:

—Apriete el acelerador a fondo.

—Sí, señor.

El taxi fue ganando velocidad.

—Tuerza por la primera callejuela a la derecha y frene rápidamente —dijo Jerry.

El taxi había sacado más ventaja al auto en que viajaban sus perseguidores.

El taxista hizo girar el volante y frenó con brusquedad.

—Es usted un encanto, Jerry —dijo Christine, al tiempo que bajaba del vehículo.

—Empiece a correr de nuevo y dese prisa —ordenó Jerry al conductor.

El taxi arrancó con fuerza.

Jerry vio cómo Christine se metía en el edificio más cercano. Por el fondo de la callejuela apareció el auto y no se detuvo.

La estratagema había sido un éxito.

Jerry examinó su pistola.

El taxista volvió la cabeza.

—Eh, ¿qué va a hacer usted?

—No se preocupe, no le voy a asaltar.

Jerry le entregó un fajo de billetes.

—Aquí tiene.

El taxista tomó los billetes y sonrió.

—Es una propina mayor que la que usted me prometió.

—Vuelva a hacer la misma operación de antes. Métase por una callejuela, frene y yo saltaré. Luego aléjese lo más rápido que pueda.

—Sí, señor.

Jerry saltó cuando el taxi todavía estaba en movimiento.

Se agarró a una farola para detenerse.

El taxi se alejó rápidamente.

Jerry corrió hacia el Sena y bajó por una escalera de piedra.

Al llegar a la orilla, se detuvo junto a un pescador.

Vince, Robert y otro hombre estaban bajando la escalera, en pos de él.

—¿Pesca mucho? —preguntó Jerry al pescador.

Éste le dirigió una mirada de pesar.

—¿Por qué todos ustedes preguntan lo mismo?

—Quizá porque todos tenemos interés en que usted pesque algo.

—¿Por qué no se trae su caña y lo intenta usted?

—No me interesan los peces, yo pesco otra cosa...

—¿A qué cosa se refiere?

—Quizá le haga una demostración enseguida.

Vince, Robert y el otro hombre llegaron junto a Jerry.

Ninguno de ellos exhibía pistola porque habían visto al joven con las manos vacías e, indudablemente, estaban conscientes de su superioridad.

Robert *Cara de Barro* sonrió a Jerry, enseñándole los dientes.

—Fue bueno el truco, compañero.

—Gracias.

—¿Dónde dejó a la chica?

—Por ahí.

—Pregunté dónde.

—Tuve un descuido y se me escabulló.

—Qué pena.

El pescador había dejado de prestar atención a su caña, y escuchaba la conversación entre aquellos hombres.

El rubio Vince soltó un escupitajo hacia el río, y señaló a Jerry con el dedo, mientras decía:

—Oiga, amigo, nos pilló de sorpresa en el probador...

Sí, eso es lo que yo quería.

Pero ahora no estamos en una caja como aquélla.

—No, no estamos allí.

—Esto es campo libre... Hay mucho espacio, y entre los tres lo podemos convertir en carne para albóndigas.

Jerry se miró las uñas de la mano derecha.

—No pensé nunca que ése fuese mi destino.

—Pero puede haber un arreglo entre nosotros.

—¿Sí?

—Díganos dónde dejó a la chica.

—Entonces, está claro. Se lo diré, y así no me convertirán en carne para albóndigas.

—Sabía que entraría en razón —sonrió Vince a sus compañeros, satisfecho de su método persuasivo.

—Dejé a la chica por ahí —contestó Jerry con un gran aire de ingenuidad.

Robert *Cara de Barro* miró al rubio Vince.

—Qué gran tipo eres tú para convencer a la gente.

—Se la ganó, muchacho.

—Vamos por él.

Los tres a una se lanzaron sobre Jerry.

Entonces, el pescador fue testigo de algo insólito.

Jerry salió al encuentro del rubio, arrojándose sobre él.

Los dos chocaron.

El rubio dio una vuelta de campana y fue parar al río, pero entró en el agua de mala manera, dando vueltas.

Jerry rodó en el suelo, pero se levantó en la siguiente fracción de segundo.

Robert *Cara de Barro* y el otro hombre ya estaban encima de él.

Jerry golpeó en el estómago a Robert, y cuando éste se agachaba le colocó un tremendo izquierdazo.

Robert salió disparado con la velocidad de una locomotora y fue a parar al agua. El tercer hombre se había quedado un momento

quieto, asombrado por la forma que su amigo desistía de la pelea.

Pero enseguida atacó a Jerry.

—Para esto, amigo —dijo, tirándole la derecha.

Éste le burló con facilidad y le replicó con un directo a los ojos.

El tercer nombre aulló porque quizá temía al agua, pero también fue a parar al Sena.

Resultó que el tercer hombre no sabía nadar, y se puso a dar aullidos.

Sus dos compañeros bracearon hacia él para salvarle.

El pescador contemplaba a Jerry con la boca abierta.

El joven se frotó las manos y dijo:

—Ya se lo advertí, amigo. No me interesan los peces.

Luego dio media vuelta y se alejó de allí.

CAPÍTULO V

Christine había acudido a su apartamento de Saint-Germain-des-Prés.

Sólo quería recoger lo más necesario porque nunca podría volver allí.

La portera, que respondía al nombre de Nicole, y que exhibía un considerable bigote en el labio superior, le dijo al verla pasar por la escalera:

—Espere un momento, señorita Astor... Hay una carta para usted. La trajo un chino esta mañana, muy temprano.

Christine se quedó perpleja unos instantes y, finalmente, fue a la portería, donde Nicole le entregó la carta.

Se retiró unos pasos para evitar que la portera curiosease.

Ya cerca de la escalera, rasgó el sobre. La carta era de Tchun-Lao y decía así:

«Querida Christine: Nunca me has podido engañar. Desde un principio supe que tú buscabas algo de mí, que no era yo personalmente quien te interesaba. Desde entonces sólo tuve una misión. La de matarte. No lo podía hacer de momento, ya que eso habría complicado mis planes. De modo que, como vosotros los occidentales decís, pensé que lo mejor era darte cuerda. Pero luego, las cosas fueron cambiando mucho. Me enamoré de ti, Christine. Naturalmente, yo sabía que nuestro matrimonio era imposible, ya que tú no temas la menor intención de contraerlo... Otras cosas

fueron cambiando en mí, como consecuencia de mi enamoramiento. Yo odiaba a todos tus compatriotas... Fui un talento precoz en China, y decidieron aprovechar mis cualidades. Pronto demostré que no en vano habían confiado en mí.

Poseía una inteligencia poco común, y una memoria privilegiada, y me incluyeron en el plan que tú sabes. Recibí informes de ti. Mis superiores sabían que trabajabas para el Deuxième Bureau. Pero ahora creo que ha llegado la hora: me doy cuenta de que no tengo derecho a poner en peligro la humanidad. Sí, Christine, tú sabes perfectamente de qué se trata. La organización a la que pertenezco va a lanzar dos bombas atómicas. Tú has tratado de saber en qué lugar se encuentran esas bombas atómicas, y también sería un triunfo para ti descubrir la fecha del lanzamiento. Yo te lo voy a decir porque estoy arrepentido de mi trabajo, pero mi jefe lo sabe. Por tanto, me quedan muy pocas horas de vida. También espero que, de un momento a otro, me visiten otros hombres que forman parte de la pandilla de un tal doctor Rolker. Es un hombre peligroso porque persigue lo mismo que nosotros, aunque sus fines sean distintos... A él sólo le interesa el oro; a nosotros, el dominio mundial... Christine, sé que voy a morir, pero eso ahora ya no me importa. Hasta mi último instante de vida estaré pensando en ti. Las dos bombas atómicas están emplazadas en Erg el Fasí, concretamente en un lugar situado a cinco kilómetros al norte de Grizim, en Argelia. En cuanto a la fecha del lanzamiento, yo había señalado el próximo día diecisiete, es decir, dentro de doce días. Pero estoy seguro de que esa fecha será adelantada, debido a que mis jefes sospechan de mí. Mi más inmediato superior es Kung-Li,

un hombre cruel, despiadado, que fue el causante de que muriesen de hambre más de cincuenta mil de mis compatriotas. Nada más, Christine. No creas que me has hecho daño. Todo lo contrario. En mis últimos momentos de vida, soy muy feliz. Te lo aseguro, muy feliz».

A continuación estaba la firma de Tchun-Lao.

—¿Malas noticias? —dijo la portera, detrás de la joven.

—Todo lo contrario, señora Nicole. Son buenas.

—Me alegra mucho. A propósito, vinieron tres hombres preguntando por usted.

—¿Qué querían?

—Sólo hablar con usted. Les indiqué a qué hora estaría en casa y dijeron que volverían.

—Gracias, señora Nicole.

—No hay de qué.

Christine subió rápidamente la escalera y, al llegar a la segunda planta, abrió la puerta de su apartamento.

Tenía que darse mucha prisa.

Metió en una maleta lo más necesario.

Ahora ya había conseguido el secreto de Tchun-Lao. Sí, todos tenían razón. Tchun-Lao le había confesado su secreto, pero ella sólo lo compartiría con el Deuxième Bureau.

Tomó la maleta para salir y se dirigió hacia la puerta.

De repente, ésta se abrió y un chino apareció en el hueco.

Christine lanzó un grito, retrocediendo.

El chino vestía a la europea, y era más alto de lo acostumbrado entre los de su raza.

—¿Puedo pasar?

—No. Ya me iba.

—Gracias —dijo el chino, y pasó como si realmente ella le hubiese invitado a hacerlo.

—Perdone, pero yo me voy —dijo Christine.

—¿Adónde? —preguntó el chino, después de cerrar la puerta.

—A tomar el tren. Sale dentro de media hora. Tengo el tiempo justo.

—¿Y cuál sería su destino, señorita Astor?

—Me invitó una amiga a pasar unos días en Cannes.

—Es usted tonta para ser una espía... Pero acabaremos enseguida y podrá irse a tomar el tren... Ande, deme la carta.

—¿A qué carta se refiere?

—A la que le entregó hace unos instantes Nicole, la portera.

—Nicole no me entregó ninguna carta.

—Sí. Ella me lo acaba de confesar.

—Ya sé a qué se refiere. A una carta de mi modista. Me estoy haciendo un bonito modelo para el próximo verano, un vestido que no tiene tirantes, la última moda; será verde, y azul, y rojo...

El chino metió la mano en el bolsillo y sacó una pistola.

Christine se quedó sin habla.

El chino hizo algo más, extrajo un silenciador y lo puso en la pistola, con rapidez y eficiencia.

—Eh, ¿qué va a hacer? Ni siquiera sé su nombre...

—Muy bien, señorita. Si usted lo quiere así, le pegaré un tiro y la registraré después.

—No haga eso. Le daré la carta.

—Gracias. Mi jefe

Kung-Li

se va a sentir muy satisfecho de mi trabajo.

—Sí, lo imagino, y quizá le de el puesto que dejó vacante Tchun-Lao.

—Es usted adivina, señorita. Es justo lo que le voy a pedir a Kung-Li.

—Entonces, no tengo más remedio que colaborar con usted para que llegue muy alto.

Christine dejó la maleta en el suelo y se arrodilló.

—¿Ha guardado la carta en la maleta?

—Claro. No quería que nadie me la quitase.

Christine abrió la maleta.

Estaba pensando en Jerry Daniels. ¿No le había dicho que iría allí a buscarla? Naturalmente, ella se disponía a darle plantón, pero las cosas se le habían complicado, por culpa de su visitante chino. Debía entretenerlo para dar una oportunidad a que Jerry llegase. Miró al cielo, pidiendo que el joven no se demorase más de un minuto.

—Dese prisa. Me está impacientando —dijo el chino.

Christine abrió la maleta y tomó la cartera.

—Aquí la tiene.

Se le cayó en el suelo.

Es usted muy torpe.

—Ahora mismo se la doy —repuso Christine, perneando que, tras su torpeza, había ganado cinco segundos.

Alargó la carta al chino.

—He de cerciorarme de que no me engaña, señorita Astor.

—Sí, señor. Tiene derecho a leerla —dijo ella, pensando que con la lectura ganaría un minuto.

El chino sacó el papel. Lo miró por una parte y luego por otra.

Entonces, hizo rechinar los dientes, y observó a Christine de una forma que a ella le recordó a una serpiente de cascabel.

—Le pedí la carta, señorita: Astor.

—Es ésa.

El chino mostró el papel blanco por una parte y blanco por la otra.

Christine sintió un escalofrío por la espalda. Pero al instante comprendió lo que había pasado. Tchung-Lao le había escrito la carta con una tinta especial para que desapareciese su contenido poco después de entrar en contacto con el aire.

El chino arqueó el dedo en el gatillo.

—Le voy a estropear su linda cara, señorita, pero sé perfectamente que la carta debe estar aquí, en su habitación, puesto que la recogió en la portería hace unos minutos.

—¡Espere!

—¿Me la va a dar?

—Le juro que ésa era la carta. Quiero decir que, si me mata, nunca podrá saber su contenido. Lo que escribió Tchung-Lao desapareció. ¡Le juro que es cierto!

—En el sobre sigue estando su nombre.

—Porque empleó dos clases de tintas. Naturalmente, no podía escribir el nombre en el sobre para que desapareciese.

—No me gusta su explicación.

—Puedo referirle el contenido de la carta, y así se convencerá...

—Está bien. Dígalo.

Christine se mordió el labio inferior y miró al techo. Como si

tratase de recordar.

—Querida Christine. Nunca me has podido engañar. Desde el principio sólo tuve una misión, la de matarte, pero las cosas cambiaron mucho y me enamoré de ti...

—¿Qué tonterías está diciendo?

—Lo que Tchun-Lao puso en la carta.

—Todo eso de su amor no me interesa. Sólo quiero saber lo que Tchun-Lao le dijo sobre el lugar en que están emplazadas las dos bombas atómicas.

—No, no me lo dijo.

—Eso me demuestra que no me ha engañado, que Tchun-Lao escribió con una tinta especial su carta. De modo que puedo matarla, y se llevará el secreto a la tumba.

Christine hizo un gesto compungido porque ella misma se había cavado el hoyo.

—No dispare.

—Dígame un argumento para que no lo haga. —Me pasaré a su bando. Sé muchas cosas...

—¿Qué, por ejemplo?

—El plan de Francia para lanzar satélites.

—No nos interesa. Nosotros estamos mucho más adelantados que Francia en esa materia.

—Eso no es cierto. Ustedes no han lanzado todavía ningún satélite.

—Eso es lo que ustedes creen. Pero no le explicaré nada.

—¿Por qué no?

—El mundo occidental no debe conocer nuestros avances científicos.

—Son ustedes unos fanfarrones, eso es lo que yo creo que son... Un occidental vale el doble que un oriental.

El chino rió con sarcasmo.

—Ustedes son unos estúpidos pedantes. Aún no conocen lo más elemental, y nosotros hace siglos estábamos informados de los más graves problemas.

—¿De qué les servía conocer los más graves problemas, si no tenían las soluciones?

—Entonces no contábamos con los medios adecuados, pero ahora sí los poseemos.

—Comprendo, y por eso se quieren quedar solos.

—No, señorita Astor, nosotros hemos de acabar con nuestros enemigos para impedir que ellos acaben *con* nosotros.

—Nadie quiere acabar con ustedes... Ustedes sospechan infundadamente... Se lo aseguro... Todo el mundo puede vivir en paz, ustedes y nosotros... ¿Por qué van a provocar una tercera guerra mundial, cuando todavía estamos sufriendo las consecuencias de la segunda?

—Es necesario que eso ocurra.

—Pero esperen un par de años.

—No vamos a esperar, señorita Astor... Hemos elegido la oportunidad, y ésta es la mejor para nosotros.

—Pero ¿qué me dice de los ancianos y de los niños que van a morir?

—A veces son necesarios los mayores sacrificios, y ya basta de charla...

En aquel momento, la puerta se abrió con un estruendo.

El chino se revolvió, con la pistola en la mano.

Pero no pudo hacer nada porque Jerry apretó el gatillo dos veces desde la otra parte del hueco.

El chino se contorsionó mientras disparaba contra el suelo.

Finalmente, se derrumbó en el centro de la estancia, al tropezar con la maleta.

Christine había gateado hacia la pared, en un último intento de burlar la bala que el chino le iba a dirigir.

Jerry entró en la estancia y dio un suspiro.

—Su caballero andante llegó a tiempo.

La joven tragó saliva.

—No sabe cuánto he rezado para que eso ocurriese.

—¿Qué es esa maleta? Ya entiendo. Me iba a traicionar. Pero el chino lo impidió.

—Por favor, señor Daniels, no me recrimine...

Jerry tomó el papel blanco que estaba en el suelo y lo olfateó.

—¿Qué decía aquí?

—¿Cómo sabe que decía algo?

—Este papel contenía una sustancia química. Era tinta simpática, de modo que puedo imaginar que esto fue antes una carta que le envió Tchun-Lao. —Es muy listo, Jerry.

—Gracias, querida, pero eso no me consuela si no me dice qué es lo que contenía la carta.

—Será mejor que nos marchemos antes de que venga la policía.

—Está bien, pero no piense que esta vez va a escapar de mí fácilmente.

Al llegar ante la portería, Nicole gritó:

—¿Qué pasó arriba, señorita Astor? ¿Dónde está el chino que subió?

—Le dio un ataque —contestó Christine, sin detenerse.

Ganaron la calle y poco después tomaron un taxi.

Esta vez fue ella quien dio la dirección.

—¿Adónde vamos? —preguntó Daniels.

—He de reunirme con mi jefe.

—Le dije antes que no se libraría de mí.

—Quiero que esté usted presente.

—¿Para qué?

—Mi jefe me creerá, si usted corrobora lo que yo diga.

—Hay personas por las que no siento ningún interés y su jefe es una de ellas.

—Es un alto cargo del Deuxième Bureau.

—Por eso mismo.

—¿Qué tiene contra el Deuxième Bureau?

—Nada en particular. Pero los agentes del contraespionaje y espionaje no gozan de mis simpatías.

—Son seres humanos como los demás.

—No, no creo que lo sean. Pero ya que plantea el tema, tengo curiosidad por saber una cosa con respecto a usted. ¿Por qué se dedicó a una profesión tan peligrosa? Usted no es francesa, y por otra parte su padre podría proporcionarle todo el dinero que necesite. —Le contestaré, Jerry. En primer lugar, prescindí del dinero de mi padre porque decidí que podía vivir con mi propio esfuerzo, y que eso sería mucho más hermoso. En segundo lugar, me gusta la aventura, especialmente cuando a través de ella puedo servir a mis semejantes... Conocí al hombre que le voy a presentar, y fue él quien me dijo que yo reunía muchas condiciones que podrían ser útiles al Deuxième Bureau.

—No está mal...

—Si está convencido, habré conseguido un milagro. Me dijo que

yo era una escéptica, pero creo que usted me gana en ese sentido.

Jerry miró por la ventanilla trasera.

—Parece que nos dejaron en paz.

—¿Qué hizo con Robert y compañía, Jerry?

—Decidieron tomar un baño en el Sena.

La joven se echó a reír.

—Los tiró usted...

—No tuvo más remedio, porque ellos habían decidido convertirme en carne para albóndigas.

Jerry sacó cigarrillos y encendieron.

—¿Cómo está mi padre, Jerry? —preguntó ella, después.

—Muy preocupado por sus hijas.

—¿Qué hizo Mabel...?

—Se dejó fotografiar por unos chantajistas. Ése fue el motivo por el que entré en relación con la familia Astor.

—Estoy segura de que haría un brillante servicio a mi padre y que, como buen caballero andante, rescató las pruebas contra Mabel.

—Sí, eso tuve la desgracia de hacer, porque luego su padre decidió que también podría sacar del atolladero a su otra hija, la poetisa con gafas de intelectual, que se disponía a casarse con un chino...

Ella se inclinó sobre Jerry y le besó en la comisura de la boca.

—¡Eh! ¿Qué significa esto? —dijo él, con cierto aire irónico.

—Un beso en nombre de todos los Astor, por los malos ratos que le estamos haciendo pasar...

—Siempre he sido partidario de que el beso se de en mejores condiciones de colaboración.

Jerry se dispuso a hacerlo, pero en ese momento el conductor detuvo el coche y dijo:

—Hemos llegado.

La joven se escurrió entre los brazos de Jerry, mientras decía:

—Me salvó la campana.

Jerry abonó el importe de la carrera, y saltó en pos de la muchacha.

Entraron en un caserón de paredes descascarilladas, y subieron por una oscura escalera que olía a cocina barata.

Christine dio tres timbrazos en una puerta que necesitaba una

buena mano de barniz.

La puerta se abrió sólo unas pulgadas.

Christine la empujó.

Jerry apartó de pronto a la joven.

—No me gustaría otra sorpresa —dijo.

Pegó un patadón a la puerta y pudo ver la habitación.

Sentado en un sillón había un hombre de unos cincuenta años. Tenía las manos sobre la mesa.

—Hola, jefe —dijo Christine—. No tema, el hombre que me acompaña es Jerry Daniels.

—¿Por qué lo trajo aquí?

—Porque lo consideré necesario.

—No está capacitada para tomar esas decisiones, y usted lo sabe, señorita Astor.

Jerry entró en la habitación y cerró a su espalda.

—Bueno, el hecho consumado es que estoy aquí.

—Llámeme Charles.

—De acuerdo. Charles.

—Señorita Astor, ¿ocurrió alguna novedad, después de nuestra última conversación?

—Sí, los hombres del doctor Rolker me siguieron, pero Jerry se desembarazó de ellos... Encontré en la portería de mi casa una carta que me dirigió Tchun-Lao.

—Deme esa carta.

—Estaba escrita con tinta simpática.

—Está bien. ¿Qué le decía Tchun-Lao?

—Se había enamorado de mí, y comprendía que había obrado mal hasta entonces...

—¿Qué más?

—Me señaló el lugar del emplazamiento de las dos bombas atómicas... Están en Argelia, en Erg el Fasí, cinco kilómetros al norte de Grizim. También me dijo que había señalado el día 17 como fecha del lanzamiento de las dos bombas, pero que estaba seguro de que su jefe la habría cambiado, ya que sospechaba que él los había traicionado.

—Gracias, señorita Astor; ha hecho usted un buen trabajo.

La cortina que estaba a la derecha se abrió y apareció un hombre con una pistola en la mano.

La joven frunció el ceño.

—Eh, jefe, ¿quiere decirle a este agente que guarde el arma...?

—No, señorita Astor, no la va a guardar.

—Pero ¿qué pasa?

—Yo se lo explicaré. Les presento a León Lipovsky, un hombre muy eficaz y conocedor de su profesión.

—¿Se refiere a que ha hecho grandes servicios al Deuxième Bureau?

—Sólo ha hecho grandes servicios a la «morgue» y hoy justamente va a hacer un trabajo extra, porque les va a matar a ustedes dos.

Sobrevino una pausa.

Christine gritó:

—¡Eh, jefe, su broma no tiene la menor gracia...!

Jerry intervino:

—¿Está segura de que es una broma?

—Claro que lo es —exclamó Christine—. No puede matarnos; yo estoy al servicio del Deuxième Bureau.

—Quizá el amigo Charles no pertenezca al Deuxième Bureau.

—Bravo, señor Daniels, lo ha acertado —dijo el hombre que estaba sentado en el sillón.

Se llevó una mano al cuello, y pareció que tomaba un trozo de carne.

Dio un tirón, y su cara pareció desprenderse porque le quedó colgando de la mano.

Christine lanzó un grito de terror:

—¡Jerry!... ¡Este hombre es el doctor Rolker!... ¡Me enseñaron su fotografía en el Deuxième Bureau...!

El doctor Rolker frisaba en los treinta y cinco años de edad, y era de cabello rubio, muy corto, ojos azules, nariz recta y boca de labios gruesos, sensuales.

—¿Dónde está mi jefe? —preguntó Christine.

El doctor Rolker miró a León Lipovsky, y éste apartó las cortinas.

CAPÍTULO VI

—¡Lo ha matado! —exclamó Christine—. ¡Ha matado a mi jefe...!

—Fue cosa de León —dijo el doctor Rolker—. Ya he dicho que es un hombre muy eficiente.

—Les guillotinarán por esto...

—No sea ingenua, querida señorita... No habrá nadie que nos acuse de la muerte de Charles Dupont.

El doctor se puso en pie.

—Ahora tengo que dejarles... He de hacer un viaje.

Jerry sonrió porque nunca perdía el buen humor, ni en las peores circunstancias.

—¿Va a hacer un viaje a Argelia, doctor Rolker?

—Es posible.

—Y naturalmente su viaje terminará en Grizim, cerca de la región de Erg el Fasí...

—Eso lo sabría un chiquillo, señor Daniels.

—Perderá su tiempo, doctor Rolker. Las bombas atómicas no están allí.

—Claro que están. La señorita Astor no pudo mentirme porque ella creyó que estaba hablando con su jefe...

—Desde luego, Christine dijo la verdad...

—¿Entonces?

—¿Y si Tchun-Lao mintió...? ¿Ha pensado en la posibilidad de que Tchun-Lao no escribiera esta carta? ¿Y si todo fue una trampa?

—¿De qué tonterías está hablando?

—Usted no tiene ninguna prueba de que en Erg el Fasí estén las bombas.

—Lo sabré muy pronto.

—Oh, sí, claro, yendo allí. Pero ya le he dicho que tu viaje será

inútil.

—Voy a suponer, por un momento, que usted tiene razón. ¿Debo entender que me está usted ofreciendo decirme el lugar exacto donde están las bombas, a cambio de su vida?

—Agregue la vida de la señorita Astor.

El doctor Rolker se pellizcó el mentón.

—¿Sabe una cosa, señor Daniels?

—Le escuchó atentamente.

—Tengo la impresión de que es usted un truhan y un farsante... Sólo pretende especular con algo que ya no tiene ningún valor para mí porque no me importa en absoluto que ustedes mueran...

—Admito que soy todo lo que usted ha dicho, pero se le olvidó mencionar otra de mis profesiones.

—¿Cuál es?

—Negociante, con lo cual quiero decirle que usted me dará cincuenta mil dólares si quiere que le señale el lugar exacto donde se encuentran las bombas atómicas.

El doctor Rolker se echó a reír.

—Señor Daniels, está probando que es usted un hombre ingenioso.

—Le quedo muy reconocido por su halago —repuso Jerry, haciendo una ligera inclinación.

—Pero antes me tendría que demostrar usted otra cosa.

—¿De qué se trata...?

—Usted va a señalar el lugar exacto del continente africano en donde están esas bombas...

—Sí.

—Tendría que demostrarme que ese lugar tiene más posibilidades que el de Erg el Fasí de guardar las bombas, y sólo me lo puede probar, informándome del medio que se ha valido para adquirir tan sensacional noticia...

Jerry se miró la punta de los zapatos mientras sonreía.

El doctor Rolker también sonrió.

—¿Le pongo en un aprieto, señor Daniels?

—No, en absoluto. Pero para firmar nuestro pacto, yo he de tener una garantía de que usted va a cumplir.

—Le doy mi palabra.

—¿Un compromiso entre truhanes y farsantes...? Oh, no, doctor

Rolker, me decepcionaría mucho, si usted me creyese tan ingenuo. Tendrá que ser otra clase de garantía.

—No divague, señor Daniels... No le he pedido que me señale el emplazamiento de las bombas, sino el procedimiento de que se ha valido para saberlo. Conteste a eso. Lo puede hacer sin temor a nada.

—Me lo dijo

Kung-Li,

el jefe de la pandilla de los chinos.

El doctor Rolker lanzó una carcajada.

—Había logrado interesarme, señor Daniels, pero ya ha perdido su postura. Usted no ha tenido oportunidad de conocer a

Kung-Li.

Me he informado de sus actividades. Usted no conocía nada acerca de nuestro negocio. Es un recién llegado de su país, de Estados Unidos. Sólo por azar entró en contacto con nosotros... Llegó a Francia para informarse acerca del supuesto matrimonio que iba a celebrar la señorita Astor con Tchun-Lao...

Como ve, mis servicios de información han funcionado a las mil maravillas.

—Le felicito por ello, doctor Rolker.

—Pero usted no ha conseguido librarse de la pistola de León Lipovsky.

—Qué lástima, ¿verdad?

—Sí, es una verdadera pena. Y ahora, tras su intento fallido de salvar la piel, me permitirá que les desee a ambos un feliz viaje al abismo de donde no se vuelve.

—Al parecer, le gusta el melodrama, doctor.

—La vida es un continuo melodrama, que no termina hasta que cae el telón.

—¿Me permitirá usar la frase en mis reuniones con los amigos?

—Desde luego. Pero imagino que se refiere a una reunión presidida por Satanás.

—Quién sabe...

Los ojos del doctor Rolker chispearon al entornarse.

—Lipovsky, ten cuidado con el señor Daniels. Es un hombre muy optimista, y los optimistas siempre resultan peligrosos antes de dar los últimos coletazos.

Jerry sonrió de nuevo, mientras se tocaba la nariz.

—Me temo que esa frase no es afortunada, doctor.

—¿La encuentra vulgar?

—Sí, mucho.

—Lo siento —dijo el doctor Rolker, y se dirigió hacia la puerta —. León, te espero donde tú ya sabes.

—Sí, señor. No faltaré.

El doctor Rolker hizo un saludo con la mano, dirigió una sonrisa a sus prisioneros y salió de la estancia.

Jerry también se había inclinado hacia la puerta.

Y al mismo tiempo deslizaba la mano hacia el bolsillo de la chaqueta, donde guardaba la pistola.

Al volverse, hizo fuego.

León Lipovsky retrocedió, tambaleándose.

Jerry se arrojó sobre Christine porque Lipovsky todavía tenía la pistola en la mano.

El asesino hizo dos disparos, pero ya estaba moribundo, y no acertó.

Jerry lanzó otra vez fuego sobre Lipovsky, y éste terminó de caer.

Luego corrió hacia la puerta y la abrió de un tirón.

Pero en la escalera ya no había rastro del doctor Rolker. Desistió de ir detrás de él porque no serviría para nada.

CAPÍTULO VII

Christine Astor y Jerry Daniels se entrevistaban con el hombre que había sucedido en el cargo al difunto Charles Dupont.

Respondía al nombre de Jean Foulquié, y era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de mediana estatura, gordito, a quien los muchos años pasados en la burocracia habían convertido en un individuo meticuloso.

Había hecho repetir a Christine y a Jerry vanas veces sus relatos, había consultado las notas que Dupont había escrito en sus cuadernos confidenciales, había consultado a los hombres más adictos a aquél...

Ahora estaba pensativo. Christine y Jerry, sentados frente a él en sendos sillones de cuero, esperaban su decisión.

El señor Foulquié limpió la carpeta que tenía delante, como si estuviese manchada de polvo, se estiró las mangas de la chaqueta, cambió de sitio un cenicero y, finalmente, carraspeó.

Christine y Jerry estiraron el cuello.

Por último, el señor Foulquié, tras su carraspeo, dijo:

—Me temo que no existe base alguna para admitir con absoluta certeza que un grupo de chinos se disponen a lanzar una bomba atómica sobre Moscú y otra sobre Nueva York. La joven hizo un gesto de sorpresa y miró a Daniels.

—Jerry, ¿qué dice usted?

Éste se encogió de hombros.

—Si lo cree o no lo cree, es un problema del señor Foulquié.

—Pero no podemos permitir que estalle la tercera guerra mundial —repuso Christine—. El señor Dupont tenía mucho interés en impedirlo, y usted, señor Foulquié, como sucesor suyo, debe poner el mismo empeño.

—He consultado con mis superiores, y ellos no sabían nada acerca de este servicio.

—Me deja usted perpleja, señor Foulquié. Pero ¿no se le ha ocurrido pensar que el señor Dupont hacía esa investigación en el más absoluto secreto?

—He consultado todas sus notas, y en ninguna de ellas menciona una sola vez a Tchun-Lao, a

Kung-Li

o a ese doctor Rolker... Les aseguro que sólo tenemos lo que ustedes me han dicho...

—Pero existe una prueba de que decimos la verdad.

—¿Cuál?

—La muerte del señor Dupont. Lo mató León Lipovsky, y León Lipovsky estaba al servicio del doctor Rolker...

Foulquié tomó un papel de la mesa y, tras consultarlo, dijo:

—León Lipovsky, veintisiete años de edad, natural de Varsovia. Fue condenado tres veces en la República Federal Alemana por tráfico de drogas. Dos condenas en Italia por la misma razón. Implicado en el rapto de un político extranjero exiliado en Basilea. Intervino la Interpol, pero fue absuelto por falta de pruebas... Se supone que durante los últimos dos años se había contratado como asesino profesional en los bajos fondos, pero jamás se ha podido probar su relación directa con una sola muerte.

Foulquié dejó el papel sobre la mesa y agregó:

—La muerte del comisario Dupont a manos de Lipovsky hace pensar que el asesino fue contratado por alguien que quería vengarse de mi colega.

—¡Oh, no! ¡Usted no puede pensar eso!

—Dígame por qué no.

—¡Ya se lo hemos explicado!

—Sí, unas supuestas bombas que van a ser lanzadas desde un supuesto lugar de Argelia.

—¡No es un supuesto lugar! ¡Se lo hemos señalado!

Foulquié dio un suspiro.

—Estoy pendiente de esa comprobación... Imagino que a estas horas, helicópteros especiales han sobrevolado Grizim, en Erg el Fasí. Tendré noticias de un momento a otro.

—¿Qué me dice del doctor Rolker? El señor Daniels le indicó

que se alojaba en el Hotel Provenza.

—Ese servicio ha sido ya comprobado. No había ningún doctor Rolker en el Hotel Provenza.

—Pero habría un huésped que, como quiera que se llamase, tendría la misma cara que el doctor Rolker.

—Señorita Astor, usted debería concedernos un poco de inteligencia. Ya conté con eso, con el cambio de nombre, y ordené a mis agentes que tuviesen en cuenta la descripción, pero tampoco obtuvieron éxito. Durante cinco días, no ha habido nadie parecido al doctor Rolker...

—¿Y cómo justifica usted la muerte de los orientales? Me refiero a la de Tchun-Lao, y al chino que Jerry tuvo que matar en mi apartamento...

—Sostenemos relaciones normales con China, señorita Astor, y es lógico que en París haya muchos chinos...

—También debe encontrar lógico que algunos de ellos se dediquen a confabularse para desencadenar una guerra atómica...

—Siempre volvemos a lo mismo. Recuerde que eso no está probado... Esos chinos debían perseguir otra cosa. Quizá Tchun-Lao sólo quería que usted se pasase a su bando.

—Jamás me lo propuso...

En aquel momento sonó uno de los tres teléfonos que había sobre la mesa.

Foulquié lo alcanzó y se dio a conocer.

Escuchó durante un rato y luego colgó.

—Acabo de recibir el informe de la aviación —declaró—. Seis aparatos sobrevolaron la zona al norte de Grizim, en Erg el Fasí. Tres de ellos eran helicópteros. Quiero decir con ello que han hecho un examen concienzudo del terreno.

Foulquié hizo una pausa solemne:

—No han identificado la menor señal de que allí existan rampas de lanzamiento, o depósitos de municiones. Tampoco han observado el más ligero indicio de un mecanismo militar para una supuesta ofensiva...

Christine desvió los ojos hacia Jerry.

—Usted estaba diciendo la verdad... La carta de Tchun-Lao no era auténtica.

Sólo lo dije para tratar de engañar al doctor Rolker.

Christine se puso en pie y dio unos pasos hacia la mesa tras la que se encontraba Foulquié.

—La humanidad está en peligro de perecer —dijo—. Y yo puse toda mi capacidad en evitarlo. Admito que fracasé, señor Foulquié, pero debemos continuar el trabajo... Debe creemos... El señor Daniels y yo no hemos fantaseado lo más mínimo, le hemos dicho la verdad...

—He reservado para el final la última comprobación.

—¿A qué se refiere?

—A los chinos.

—Comprendo, tampoco admite que ellos estén dispuestos a lanzar esas bombas atómicas...

Foulquié dio la vuelta a la llave de un interfono.

—Señorita Ponce, haga pasar al emisario de la embajada china.

Christine volvió a sentarse en el sillón.

La puerta se abrió, dando paso a un chino que vestía con mucha elegancia.

Foulquié se levantó y le estrechó la mano. Luego dijo:

—Les presento al señor

Tchu-Hsi,

agregado cultural en la embajada china en París.

Tchu-Hsi

hizo una reverencia, y saludó a Christine y a Daniels cuando Foulquié dio sus nombres.

Luego Foulquié tomó la palabra:

—Como usted sabe, señor

Tchu-Hsi,

me he permitido informar a su jefe, el embajador, acerca de cierta historia.

—Sí, señor Foulquié, y yo le traigo su respuesta... El señor embajador lamenta mucho que existan personas dispuestas a creer que el pueblo chino trabaja para desencadenar una guerra a escala mundial... Existe una confusión a ese respecto. Nosotros no tememos la guerra, pero no la queremos... Sabemos que existe una campaña internacional antichina y que, a pesar de nuestros esfuerzos, la verdad se abre camino muy lentamente.

—¿Me permite hacerle unas preguntas, señor Foulquié? —intervino Jerry.

Tchu-Hsi
sonrió.

—Pregunte, señor Daniels, aunque no es seguro que le vaya a dar todas las respuestas.

—¿Qué me dice de Tchun-Lao...? ¿Va a negar que trabajase para ustedes?

—Desde luego, no trabajaba para nosotros, quiero decir para el Gobierno. Si él dijo otra cosa, le mintió.

—¿Para quién trabajaba Tchun-Lao?

—Para una organización secreta.

—No me diga.

—¿Conoce las sociedades secretas chinas, señor Daniels?

—Sí, he oído muchas cosas, pero creí que ustedes habían terminado con ellas.

—No, señor Daniels, eso es muy difícil de conseguir, aunque hemos dedicado nuestro interés a acabar con las más fanáticas. Le aseguro que es un verdadero cáncer. Siempre lo ha sido para China...

—¿Y a qué sociedad pertenecía Tchun-Lao? A la más peligrosa de todas, la del Dragón Negro. Su doctrina está muy cerca de la de los nazis... En lo que se refiere al racismo, son inexorables. Según ellos, los hombres de piel amarilla deben gobernar el mundo... Hay que exterminar al hombre blanco, dondequiera que se encuentre, porque el hombre blanco siempre ha sido un explotador de las demás razas...

—No está mal. Pero ¿qué me dice de los negros?

—Los negros se conservarán con vida porque en el Nuevo Orden ellos serán dedicados a los trabajos de ayuda.

—Entiendo, se refiere a que serán obreros y criados del patrón amarillo...

—Sí, señor Daniels. En un principio, cuando el Dragón Negro nació, fue predicada la violencia. Sólo se podía llegar al triunfo de la raza amarilla con el exterminio total de sus enemigos... Más tarde, y debido a las circunstancias, apareció en el seno de esa sociedad una corriente menos belicista. Tenía en cuenta el punto de vista demográfico. Los amarillos eran cada día más que los blancos. Llegará un momento en que por cada blanco, habrá quinientos amarillos... El sometimiento será pacífico porque el blanco, en esa

situación, nunca se podrá enfrentar con el amarillo con posibilidad de supervivencia... Pero de nuevo triunfó en el Dragón Negro el sector que era partidario de la violencia. Las dos corrientes se enfrentaron, y el resultado fue una matanza terrible... Los que estaban a favor de la paz fueron cruelmente perseguidos y muertos... Hoy la sociedad del Dragón Negro está en manos de los inexorables, y están decididos a provocar la guerra mundial.

—Señor

Tchu-Hsi

—dijo Jerry—, le agradezco la información que me ha dado sobre la sociedad del Dragón Negro, pero me extraña que, conociendo ustedes sus fines, no hayan acabado con ella.

—Lo hemos intentado por todos los medios, pero se trata de una sociedad secreta. Nuestros servicios policíacos sólo han podido apuntarse unos éxitos medianos en su lucha.

—Según usted, Tchun-Lao pertenecía a esa pandilla de exaltados.

—Sí, de eso no tengo la menor duda.

—¿Y qué me dice de un tal

Kung-Li...?

Según Tchun-Lao, era su jefe.

—Mis informes contradicen los suyos.

—¿Kung-Li no pertenece a la sociedad?

—Sí, pero ya murió.

—¿Cuándo?

—Hace siete años.

—¿En dónde?

—Fue muerto por nuestros agentes, en

Hong-Kong...

Fue un servicio especial, realizado por un comando... Lamentamos mucho tener que recurrir a estos medios, pero los acontecimientos históricos están probando que es la única forma de acabar con muchos traidores.

—Quiero que suponga una cosa, señor

Tchu-Hsi.

Concédame por unos instantes que un grupo de chinos pertenecientes a la sociedad secreta el Dragón Negro ha logrado apoderarse de dos bombas atómicas y situarlas en un punto del

continente africano para su posterior lanzamiento sobre Nueva York y Moscú.

El agregado cultural hizo un gesto con la mano.

Me resisto a creer semejante posibilidad.

—Le he dicho que se trataba de una suposición.

—De acuerdo, señor Daniels, ya está supuesto.

—¿De dónde habrían sacado las dos bombas atómicas los miembros del Dragón Negro?

—Comprendo que su pregunta se refiere a nosotros... Usted piensa que han podido sacarlas de China. Le voy a contestar, señor Daniels. China no tiene todavía un depósito de bombas atómicas para permitirse el lujo de que dos de ellas le sean robadas... No, señor Daniels, le aseguro que, aceptando que su historia sea verdadera, esas dos bombas no han salido de China. Se lo puedo garantizar.

Hubo un silencio, y luego el señor

Tchu-Hsi

dijo:

—Si he disipado sus dudas acerca de las intenciones de mi país, estaré muy satisfecho.

Si no lo he logrado, sentiré un gran dolor.

El comisario Foulquié respondió:

—En lo que a mí se refiere, he estado siempre seguro, señor Tchu-Hsi.

El chino estrechó la mano del policía.

—Gracias por concederme su crédito, señor Foulquié. Buenos días.

El diplomático salió del despacho del comisario.

Foulquié carraspeó de nuevo.

—Señores, en lo que a mí respecta, este asusto ha quedado definitivamente zanjado.

La joven saltó del sillón:

—No puede hacer eso, señor Foulquié.

—He realizado una investigación exhaustiva ante sus propios ojos, y el resultado de ella ha sido contrario a sus puntos de vista... No puedo seguir gastando dinero de nuestro presupuesto sin algo que lo justifique, y para mí no hay nada que excuse la prosecución de este trabajo. Por otra parte, señorita Astor, me he dado cuenta de

que su entrada a nuestro servicio fue un asunto completamente personal del comisario Dupont.

—Entiendo, quiere decir que me considere despedida.

—Me temo mucho que debo prescindir de usted.

—Muy bien, no se preocupe. Yo también sabré prescindir del Deuxième Bureau...

Vámonos, Jerry.

Daniels se levantó, y encendió un cigarrillo para ir con Christine.

—Señor Daniels —habló Foulquié—. No me ha dicho su opinión.

—¿Es importante...?

—Digamos que lo es, en virtud de su bien ganada fama como hombre expeditivo en sus procedimientos.

—Sí, yo también estoy conforme. No creo que exista la posibilidad de que dos bombas atómicas vayan a ser lanzadas por unos ciudadanos cualquiera... Todo es una elucubración.

—Gracias, señor Daniels.

—No tiene por qué dármelas.

Christine estaba furiosa, después de haber oído a Jerry, y salió de la habitación, muy aprisa.

—Eh, espere... —dijo Daniels.

La joven se detuvo en un corredor, cerca de la escalera que conducía a la calle. Se volvió, con los ojos chispeantes.

—Me ha decepcionado, señor Daniels... Pensé que usted y yo estaríamos de acuerdo...

—Y lo estamos.

—¿Qué...?

—Ya voté por usted, y no me vuelvo atrás.

Christine sonrió.

—Gracias, Jerry. Pero ahora estamos solos usted y yo. ¿De qué sirve que nosotros admitamos lo peor, que unos hombres están decididos a provocar la guerra mundial? Yo he tenido la culpa de que todo haya fracasado, soy una espía tonta... El comisario Dupont confió en mí, y yo le fallé.

—No diga eso.

—Tchun-Lao supo enseguida lo que yo trataba de conseguir. Nunca debí aceptar el encargo del señor Dupont. No sirvo para esta clase de trabajo. Menos mal que el señor Foulquié prescindió de mí...

Salieron a la calle.

—¿Se te ocurre algo, Jerry? —le tuteó.

—Muchas cosas. Pero no sé cuál de ellas valdrá. Continúa andando. Hay un hombre que nos vigila.

—¿Quién?

—Nuestro amigo Robert *Cara de Barro*.

—¿Qué querrá ahora?

—Saber lo que vamos a hacer. Pero nos viene de perlas porque yo también tengo interés en conocer el paradero del doctor Rolker.

Echaron a andar por la acera, entre la gente.

Jerry había tomado a Christine por el brazo.

En un momento determinado, se detuvieron ante un escaparate.

Entonces, Jerry dejó a Christine allí y retrocedió rápidamente.

En un momento se plantó junto a Cara de Barro, que se cubría los ojos con gafas oscuras.

—¿Qué tal el baño, amigo?

Robert se había quedado de piedra.

—Yo no le conozco a usted de nada.

—Tú no puedes enmascarar tu cara, aunque te pongas unas gafas. Te la hicieron a trozos, y si te pego un puñetazo, quizá se descomponga... ¿Qué te parece la idea?

—Está usted loco.

—Vamos a probar.

Robert llevó la mano a la axila para sacar la pistola, pero Jerry lo tomó por el brazo con mña llave de judo.

Robert se dio impulso a sí mismo para evitar que le fracturase el brazo, y el resultado fue una tremenda voltereta.

Sus gafas saltaron por el aire.

Algunas de las personas que pasaban por allí se detuvieron, pero otras continuaron su camino porque no tenían ningún interés en contemplar el espectáculo.

Jerry se agachó sobre Robert y le levantó de un tirón, atrapándole por las solapas.

Empezó a limpiarle el traje de polvo, y en un momento deslizó la mano por su costado y le quitó la pistola que guardaba en la funda de la axila.

Robert todavía no había recuperado la respiración.

Entonces, Jerry le empujó hacia el escaparate, como si fuese un

buen amigo.

—No sabes cuánto celebro este encuentro.

—Yo, no.

—Quería preguntarte por nuestro común amigo, el doctor Rolker.

—No conozco a ningún doctor Rolker.

—¿De veras? No te preocupes. Tengo un buen método para refrescar la memoria.

Y así diciendo, le metió el puño en el estómago.

Robert pareció partirse en dos porque se dobló hacia delante.

No tuvo en cuenta que la pared la tenía muy cerca, y se golpeó en la cabeza.

Puso los ojos en blanco y habría caído, de no haberle sostenido Jerry por la cintura.

Habían llegado junto a Christine, y Daniels dijo:

—Ya conoces a la señorita.

Robert hizo una inclinación de cabeza que cualquiera hubiese juzgado como una reverencia de educación, pero se debía a que continuaba inconsciente.

Jerry le enderezó con unos golpes suaves en la espina dorsal.

—Robert, justamente estábamos pensando en ti —dijo Jerry—. Le decía a Christine que si tuviéramos la suerte de encontrarte, podríamos concertar una cita con tu jefe, el doctor Rolker...

CAPÍTULO VIII

—Gracias por haberme recibido —dijo el doctor.

El chino que tenía delante vestía a la europea, pero sus maneras eran las de un oriental.

—¿Qué puedo hacer por usted, doctor Rolker?

—Creo que mucho, señor

Kung-Li.

—Usted dirá.

—Me va a pagar un millón de dólares.

Hubo un silencio en la estancia.

Kung-Li

no había perdido la suave sonrisa que esbozaban sus labios.

—¿Qué vende usted, doctor Rolker...?

—La posibilidad de que usted logre su objetivo.

—¿Y cuál es mi objetivo?

—Lanzar las bombas atómicas. Una sobre Nueva York y la otra sobre Moscú.

—Doctor Rolker, tengo la impresión de que acaba de leer las historietas de uno de esos semanarios para niños... ¿Cómo puede un hombre bombardear Nueva York y Moscú, con dos bombas atómicas?

—No está al alcance de cualquiera, pero sí de usted, señor

Kung-Li,

porque usted posee las dos bombas.

—Es una fantasía salida de una lujuriente imaginación.

—He venido aquí para hablar claro,

Kung-Li.

—Hasta ahora no lo ha hecho.

—Entonces, seré más explícito.

—Se lo agradeceré mucho.

—Usted ha construido una ciudad secreta... Eso le ha llevado seis años...

—¿Y dónde he construido yo esa ciudad secreta?

—En Erg el Fasí.

—Voy a admitir por un momento la existencia de esa fantástica ciudad secreta... ¿Cómo podría haber hecho tal cosa?

—Usted, como presidente de la sociedad el Dragón Negro, tiene muchos recursos, que ha utilizado para llegar al fin que se ha propuesto, el triunfo de la raza amarilla sobre las demás razas que pueblan nuestro planeta... Usted necesita una conflagración mundial con bombas atómicas y de hidrógeno... De la hecatombe, usted surgirá como el nuevo caudillo, el nuevo salvador de la Humanidad... Agentes suyos están distribuidos por toda Asia, especialmente por China, esperando que usted les señale el momento, la hora de la acción... Centenares de hombres con el mismo color de su piel, le seguirán hasta la muerte, cuando los sistemas políticos actuales se tambaleen... Naturalmente, me estoy refiriendo a las naciones más poderosas del globo, a los Estados Unidos, a Rusia, a la misma China... Usted se aprovechará de la anarquía que reinará en esas naciones, y que le llevará a la hegemonía mundial.

Kung-Li

se puso a aplaudir.

—Bravo, doctor Rolker, ha pronunciado un hermoso discurso.

—Un discurso que sólo contiene la verdad.

—Voy a aceptar otra vez que todo es la verdad. Todavía no adivino por qué le tengo que pagar a usted un millón de dólares.

—Es la mar de sencillo. Porque yo conozco su secreto.

—Doctor Rolker, me resisto a creer que es usted un ingenuo... Eso que dice ser un secreto resulta algo ridículo y absurdo... Si usted informase a personas solventes acerca de mis supuestos propósitos, se reírían en su cara, o mejor aún, le tomarían por loco. —Sí, es posible que me tomasen por loco hasta que les presentase pruebas.

—¿Qué pruebas?

El doctor Rolker sacó un sobre del bolsillo.

—Las he traído conmigo... Son fotografías de su fantástica

ciudad, señor

Kung-Li.

—No le creo.

—Puede cerciorarse. Observe las fotografías y saldrá de dudas.

Kung-Li

tomó el sobre y sacó las fotografías. Eran doce.

El doctor Rolker dijo, mientras tanto:

—Quiero salir al paso de una falsa interpretación suya, señor

Kung-Li...

Una persona vulgar podrá decir que estas fotografías forman parte de un decorado de un film de ciencia ficción o una obra teatral, pero no un técnico especializado.

—¿Cómo ha logrado estas fotografías...?

La voz del oriental sonó ronca.

—¿Ya empieza a interesarse, señor

Kung-Li?

—Le he hecho una pregunta. Conteste.

—La explicación es sencilla,

Kung-Li.

Compré a uno de sus hombres... Le pagué veinticinco mil dólares al contado.

—Mi secretario...

—Sí,

Kung-Li,

su secretario. Pero no le busque. Habrá notado su ausencia... Huyó después de recibir los veinticinco mil dólares porque consideró que su salud peligraría, de continuar al lado de su jefe... Naturalmente, para hacer mi gestión final cerca de su empleado traidor, tuve que informarme del lugar exacto donde usted ha enclavado su hermosa ciudad subterránea.

—Y ese dato se lo proporcionó Tchun-Lao.

—Indirectamente.

—Me deja usted perplejo, doctor Rolker.

—Me alegro mucho de producirle esa sorpresa.

—No me entiende, o quizá no me he explicado bien.

—Estamos aquí para comprendemos.

—Gracias... Quería decir que, según mis informes, usted, doctor, lo que pretendía hasta ahora era apoderarse de las bombas

atómicas.

—Sí, es cierto.

—¿Por qué, de pronto, ha cambiado de opinión y me hace chantaje?

—Conozco mis posibilidades, señor

Kung-Li,

y lo que usted ha construido en Erg el Fasí supera a todo lo que yo había imaginado... Su secretario me completó su informe fotográfico con algunos datos de carácter sustancial...

—¿Qué era?

—Por ejemplo, que usted cuenta con doscientos hombres, entre técnicos y soldados... Que cada uno de los departamentos de que consta la ciudad está defendido por puertas electrificadas, nidos de ametralladoras que funcionan por medio de células fotoeléctricas, y que todo el conglomerado está vigilado constantemente por un maravilloso sistema de televisión de circuito cerrado.

—Sí, todo eso es cierto, y ya veo que mi secretario se fue demasiado de la lengua. Me siento avergonzado de haberle elegido para ocupar su cargo de mi absoluta confianza. Y cometió su vil traición a cambio de veinticinco mil dólares.

—Soy admirador de ese vulgar proverbio que dice que todo hombre tiene su precio.

—Volvamos a nuestra operación comercial, doctor Rolker. ¿Qué ganaría yo dándole a usted un millón de dólares?

—Mantendría la boca cerrada.

—Yo podría cerrársela para siempre ahora, y me ahorraría el desembolso.

—Cometería un grave error,

Kung-Li.

—Demuéstrelo.

—Lo que usted tiene en ese sobre son copias... Obligué a su secretario a que me diese los negativos, que están depositados en cierto lugar, junto con un informe minucioso acerca de su operación —el doctor Rolker consultó su reloj—. Si dentro de una hora no he vuelto a mi punto de partida, ese informe y los negativos serán enviados a un organismo internacional muy importante, y le aseguro que ellos sabrán que cuanto se incluye en el sobre es absolutamente real.

—¿Es eso todo, doctor Rolker...?

—Sí.

—Le he dicho antes que me había dado una sorpresa, porque no esperaba su visita. Pero ahora quiero darle yo otra sorpresa, aunque debo advertirle que será doble.

—¿A qué se refiere?

—Ahora lo verá.

Kung-Li

apretó un botón de un tablero de mandos.

Se produjo un hueco en la pared.

El doctor Rolker dio un respingo, al ver al secretario de

Kung-Li,

el hombre que le había vendido los informes y fotografías de la ciudad fantástica de Erg el Fasí.

El secretario estaba maltrecho, y era sostenido por dos mongoles de cabeza rapada y busto desnudo.

Kung-Li

soltó una risita.

—Aquí tiene a mi secretario

Yen-Hui...

¿Le conoce?

—Sí, desde luego.

Yen-Hui

tenía la cara materialmente deshecha. La sangre le caía a borbotones de las heridas que mostraba en las mejillas, en la frente y en el cuello.

—Yen-Hui va a recibir el precio que yo reservo a los traidores — dijo

Kung-Li.

—Eso no tiene nada que ver conmigo.

—Sí, doctor Rolker, tiene que ver con usted... Le hablé de dos sorpresas, y sólo ha visto una.

Kung-Li

apretó otro botón del tablero de mandos.

En la pared opuesta se produjo otro hueco, y el doctor Rolker vio entrar a un empleado suyo.

Era el rubio Vince.

Traía una cartera en la mano.

—¿Qué haces aquí, Vince? —exclamó el doctor Rolker.

El chino

Kung-Li

rió otra vez.

—Usted compró a mi secretario, y yo compré a Vince.

Los ojos del doctor Rolker se desorbitaron.

Vince era la persona que él había hecho depositaría de los negativos y del informe detallado con respecto a la ciudad subterránea de Erg el Fasí.

Vince había sido su seguro de vida, un seguro que ahora había quedado inutilizado.

—¡He tomado mis precauciones,

Kung-Li!

—gritó.

—¿Qué dice, doctor?

—¿Cree que no pensé en la posibilidad de que Vince me traicionase? No me crea tan estúpido.

—No, doctor, su intento no le sirve de nada, su vida está en mis manos...

Dos mongoles entraron por la puerta que lo había hecho Vince, y atraparon al doctor Rolker por los brazos...

—Suéltense —gritó el doctor.

—Llévenlo a la cámara del tormento —dijo

Kung-Li.

—¡Espere! ¡No se precipite,

Kung-Li!...

Puedo serle útil... Juro que le obedeceré, soy un hombre inteligente. Usted necesita hombres como yo...

—No dudaría en utilizarle, doctor, pero usted no tiene cabida en nuestro grupo, por la sencilla razón de que tiene la piel blanca, y es justamente a su raza a la que vamos a exterminar...

Los dos mongoles arrastraron al doctor Rolker por la puerta, mientras la víctima soltaba prolongados gritos.

El rubio Vince alargó la cartera a

Kung-Li.

—Aquí lo tiene todo, señor

Kung-Li.

El chino tomó la cartera y comprobó que dentro estaban los

negativos y el informe al que el doctor Rolker se había referido.

—Ya me puede pagar, señor

Kung-Li

—dijo el rubio.

—¿Cuánto te prometí?

—Cien mil dólares. Como me pagó veinticinco mil al contado, quedan setenta y cinco mil.

—Está bien, Vince, te pagaré; pero primero quiero que veas el final de tu jefe.

—Gracias, pero es un espectáculo que no me interesa nada.

—No te puedes negar. Eres mi invitado de honor.

Vince fue a contestar de nuevo, pero decidió callar.

Kung-Li

le precedió en el camino.

Poco después, entraron en lo que

Kung-Li

había llamado la cámara del tormento.

El doctor Rolker estaba tendido en un foso, el pecho y las piernas al descubierto, esposado por las muñecas y los tobillos.

Había un mongol a cada lado del hoyo.

—Kung-Li —exclamó el doctor Rolker—. Líbreme de esto... Soy un hombre que usted necesita... Conozco su plan de exterminio de la raza blanca y yo lo apoyaré...

—Ya le di una razón para rechazar su oferta... Ahora le toca morir... Voy a emplear un procedimiento especial, el que se merece por haber intentado obstruir mi camino.

Fue hacia la pared donde había otro tablero de mandos y tocó un botón.

Se oyó un ruido, y empezó a bajar del techo una especie de jaula de tela metálica.

Pero aquella jaula no contenía ninguna ave, sino escorpiones. Había como una docena que se movían como hojas secas.

El doctor Rolker vio descender sobre su vientre aquella jaula, y empezó a retorcerse.

—¿Qué es lo que va a hacer,

Kung-Li?

—Ya habrá visto lo que hay en la jaula. Son escorpiones, pero debo aclararle que no son los escorpiones que ustedes conocen en

Occidente... Estos escorpiones son muy especiales... Viven en el desierto de Gobi... Su picadura es mortal... Nadie ha podido escapar vivo a la picadura de un escorpión de esta clase...

—¡No, por favor!... ¡No lo haga!... ¡Seré su esclavo,
Kung-Li!

El oriental apretó otro botón.

La parte inferior de la jaula se abrió, y los escorpiones cayeron sobre el doctor Rolker.

El prisionero soltó un aullido más prolongado que los anteriores.

Algunos escorpiones resbalaron por su piel, pero otros se afirmaron sobre la carne.

El propio doctor Rolker provocó a los escorpiones, quienes, al verse sobre algo que se movía, clavaron sus agujijones.

Vince se cubrió la cara, no pudiendo resistir aquel espectáculo.

El doctor Rolker lanzó otro grito. Estaba bañado en sudor.

Poco a poco fueron decreciendo sus movimientos, hasta que soltó un estertor y quedó exánime.

—Mira tu antiguo jefe, Vince —dijo
Kung-Li.

El eludido no apartó los dedos de la cara y miró por entre ellos al doctor Rolker...

—Sí, ya lo veo... ¿Quiere darme ahora los setenta y cinco mil dólares?

Kung-Li
sonrió.

—¿Crees que podría pagar a un traidor blanco...? Eres un estúpido, por haber imaginado que yo iba a darte cien mil dólares.

—Bueno, se lo dejaré más barato.

—Sí, lo vas a dejar mucho más barato...

—Sólo tendrá que darme otros veinticinco...

—Tendrás que bajar más.

—Deme diez mil.

—No, Vince, todavía es caro.

—Entonces, págume lo que usted quiera. ¿Ve qué fácil...? —
Vince forzó una sonrisa—. Soy un hombre que se conforma con poco.

Vince no se había dado cuenta de que un mongol estaba caminando hacia él, por detrás.

Tenía un cordón de plástico en la mano.

De pronto, el mongol saltó sobre Vince, pasándole el cordón por el cuello.

Éste soltó un grito, que murió poco a poco en su garganta.

El mongol atrajo a su víctima sobre su pecho, siempre apretando el cordón.

El cuerpo de Vince se estremeció unas cuantas veces, pero finalmente quedó inmóvil.

CAPÍTULO IX

Jerry Daniels golpeó con la culata de la pistola la cabeza del mongol. Pero se demostró enseguida que el mongol tenía muy duro el cráneo porque enseguida se revolvió para atacar con su manaza.

Daniels le volvió a pegar con el arma, esta vez entre los ojos.

El mongol dejó escapar un chorro de sangre, y se derrumbó en el suelo.

—Disculpa, muchacho —dijo Jerry.

Había entrado en la casa por una ventana.

La casa estaba en las afueras, en una avenida bordeada de árboles, al sur de París.

Robert *Cara de Barro* le había indicado adónde había ido su jefe, el doctor Rolker.

Jerry había encontrado el primer centinela al salir de aquella habitación.

Tenía muchos deseos de cambiar impresiones con Kung-Li,

pero, naturalmente, también deseaba que la conversación se realizara en las condiciones más favorables.

Cruzó por un corredor.

Al final había una puerta por la que se filtraba luz.

De pronto, oyó que se acercaba alguien.

Abrió la puerta que tenía más a mano, a la derecha, y se coló en una habitación a oscuras.

Procedente del corredor, distinguió la voz de un oriental y luego la de otro hombre.

Poco después entraron en la habitación adyacente.

Jerry se movió despacio hasta llegar a una puerta que comunicaba con la otra habitación.

Entonces pudo oír un diálogo:

—Le felicito,

Kung-Li.

Ha sabido deshacerse del doctor Rolker.

—Fue fácil.

—Pero era un enemigo poderoso.

—El mismo se metió en una trampa, al querer hacerme chantaje.

—¿Cuándo saldrá para Africa,

Kung-Li?

—Esta misma noche.

—¿Ha tenido noticias...?

—Sí. Los artefactos están siendo colocados en las rampas de lanzamiento.

—¿Cuánto tardarán en quedar listos?

—Un par de días.

—En tal caso, podrá señalarme ya la fecha del lanzamiento.

—¿Por qué lo quiere saber, señor Schaffer?

—Al fin y al cabo, yo soy el técnico que hice los diseños de su ciudad y también le proporcioné los físicos nucleares.

—Sí, señor Schaffer, admito que usted me ha servido de mucha ayuda, pero su trabajo no ha sido gratuito... Le pagué medio millón de dólares por su tiempo.

—No se trataba sólo de mi tiempo, sino de mi capacidad. Era muy delicado facilitarle a usted los físicos nucleares... Recuerde que, para todo el mundo, esos sabios están trabajando en Egipto. Pero usted y yo sabemos que desde El Cairo fueron trasladados a Erg el Fasí. Tengo derecho a saber la fecha del lanzamiento.

Kung-Li

se echó a reír.

—Ya sé por qué lo quiere saber.

—¿Por qué,

Kung-Li?

—Usted tiene un hermano en Nueva York, y quiere informarle del día en que no debe encontrarse en la ciudad del Hudson, para de esa forma librarse de la muerte.

—Está bien,

Kung-Li,

ésa es la razón. No quería decírselo porque pensé que usted

consideraría peligroso que yo avisase a mi hermano, pero ya he pensado en la forma de hacerlo... Lo invitaré a pasar una semana conmigo en París.

—No me interesa.

—¿Cómo...?

—Señor Schaffer, usted invitará a su hermano a pasar una semana en París, pero él podría rechazarlo por cualquier motivo, y entonces usted trataría de sacarlo de Nueva York con otro procedimiento, que también podría fallar... Finalmente, se vería precisado a confesarle la verdad.

—No, no haré tal cosa...

—Lo siento, pero no puedo hacer nada por su hermano.

—Kung-Li, hasta ahora no le pedí ningún favor...

—Le he recordado antes que me cobró medio millón de dólares, y debe contentarse con eso.

—¿Es su última palabra...?

—Sí, señor Schaffer, y temo que lo es para su hermano y para usted.

—¿Qué quiere decir?

—Ya no puedo correr ningún riesgo con usted, señor Schaffer... Lo tengo que matar.

Sobrevino una pausa.

—¿Está usted loco,

Kung-Li?

—Si lo dejase salir vivo de esta casa, usted sería capaz de pregonar mi secreto a los cuatro vientos, con tal de salvar a su hermano.

—No, no haré tal cosa... Lo siento mucho por él, pero si no acepta mi invitación de venir a Europa, lo dejaré morir.

—No lo puedo creer.

—Oiga, usted y yo hemos participado de las mismas ideas...

—Sí, eso es verdad. Hemos pasado muchos ratos agradables, cenando, jugando al ajedrez o simplemente hablando sobre el Hombre Superior... Usted no sólo me ayudó, trazando los planos de mi ciudad subterránea, facilitándome los físicos nucleares que yo necesitaba; también ha aportado grandes ideas a mis teorías para hacer posible en la práctica la supremacía de la raza amarilla.

—En tal caso, el mejor pago que puede hacerme es permitir que

yo salga de aquí con vida.

—Me pide un imposible.

—¡Claro que puede...!

—Perdone, señor Schaffer, pero he de ocuparme de todo lo referente a mi viaje... Abandono esta casa para siempre... A partir de mañana, daré mis órdenes desde la capital de lo que será mi imperio.

—¡No me quedaré aquí...! ¡Me marcharé...!

—Inténtelo...

Jerry Daniels ya había oído bastante.

Abrió la puerta y se introdujo en la habitación donde se encontraban

Kung-Li

y el señor Schaffer.

—Buenas noches, caballeros... —dijo—. ¿Permiten una tercera persona en la discusión...?

CAPÍTULO X

Schaffer era un hombre de unos cincuenta años, robusto, alto, casi calvo.

Tanto él como

Kung-Li

se habían quedado rígidos al ver entrar a aquel hombre con una pistola en la mano.

—Buenas noches, señor Daniels —dijo

Kung-Li.

—¿Me conoce...?

—No he dejado de oír hablar de usted desde hace unas cuantas horas.

—A mí también me hablaron de usted,

Kung-Li...

Debo felicitarle por su maravillosa forma de resucitar.

—¿Ya le contaron la anécdota de mi muerte?

—Sí, un agregado cultural de la Embajada de China estaba dispuesto a jurar por los huesos de sus antepasados que usted fue muerto en

Hong-Kong

por un comando especial.

—Sólo fue muerto un hombre que se parecía a mí.

—Y apuesto que usted mismo lo mató.

—Sí, era uno de mis criados. Sentí mucho su muerte porque siempre me fue muy servicial...

—Entonces, él murió contento porque, al fin y al cabo, le prestó el mejor de los servicios.

—Tiene usted sentido del humor, señor Daniels, y ésa es otra virtud que agregar a las muchas que posee.

—Me va a sacar los colores, señor

Kung-Li,

¿o es que me va a hacer una oferta para que trabaje con usted...?

—¿Cómo acertó?

—No tragaré el anzuelo. Recuerde,

Kung-Li;

usted odia a los blancos... Todos nosotros debemos perecer para dejar sitio a los orientales...

—Siempre hay excepciones a la regla.

—Ése es un principio occidental,

Kung-Li.

—También en Oriente tenemos un proverbio muy parecido.

Schaffer intervino:

—Oiga, señor Daniels, usted y yo tenemos que escapar de aquí...

Debió oír que

Kung-Li

me sentenció a muerte. No perdamos un tiempo que puede ser precioso para los dos... La casa está llena de chinos y de mongoles.

—Ustedes no saldrán de aquí vivos —dijo

Kung-Li.

Jerry le apuntó con la pistola a la cabeza.

—Puedo anticiparle algo,

Kung-Li...

Si yo he de emprender el viaje al Más Allá, usted me va a preceder para enseñarme el camino...

—Sea juicioso, señor Daniels...

—El señor Schaffer y yo vamos a salir de la casa, pero usted vendrá con nosotros y, al menor intento por parte de sus esbirros para libertarlo, lo dejo tieso...

—¿Quiere sacarme de la casa?

—Eso he dicho.

—¿Por qué...?

—Porque quiero que un hombre del Deuxième Bureau le escuche la historia de su vida...

—Está jugando una partida demasiado arriesgada para usted.

—Los que me conocen saben que soy un jugador nato. Cuando arriesgo todo, incluida la piel, es porque la ganancia vale la pena.

—Aquí no va a obtener ninguna ganancia.

—Eso ya lo veremos... Andando,
Kung-Li,
y no me diga que tiene que recoger el cepillo de dientes porque ya le facilitarán uno en la prisión...

Kung-Li
hizo un gesto afirmativo.

—Muy bien, señor Daniels, iré con usted.

—Bravo, está resultando muy juicioso —repuso Jerry con ironía.
Schaffer abrió la puerta de la habitación.

—No hay nadie en el corredor —anunció.

Salieron de aquella estancia, y emprendieron la Marcha hacia el fondo del pasillo.

De pronto, ocurrió lo más asombroso.

Kung-Li
saltó hacia la pared.

Jerry hizo fuego, pero ya el oriental había desaparecido.

Schaffer lanzó un grito, asustado.

En la pared aparecía la huella dejada por la bala de Jerry.

—¿Dónde está

Kung-Li?

—preguntó Schaffer.

—Es un pasadizo. Debió apretar algún lugar del muro, y escapó.

—Dios mío, ahora estamos solos... Nos matarán...

—No se ponga histérico, Schaffer...

—Usted no conoce a ese chino... Odia a todos los hombres blancos...

—Entonces, ¿por qué le prestó usted sus servicios?

—Pensé que me respetaría la vida.

—Su egoísmo me resulta repugnante, Schaffer.

—Por favor, no piense en eso ahora... Hemos de salir de aquí.

Se oyó una carcajada.

Salía de un altavoz colocado en alguna parte, y la risa correspondía a

Kung-Li.

—¿Cómo están, caballeros...?

Schaffer miró a un lado y otro, asustado, mientras tartamudeaba:

—Escuche,

Kung-Li,

nunca pensé en traicionarlo... Se lo juro...

—Gállese, Schaffer, no me va a ablandar el corazón.

Jerry conservaba la pistola en la mano.

—Eh,

Kung-Li

—dijo—. Debo felicitarlo por su sistema para desaparecer, pero tuvo mucho más mérito lo de Hong Kong.

—Gracias, señor Daniels... Es un honor para mi que me considere como un buen enemigo...

—Lo es, indudablemente... ¿Qué hay de la oferta que me hizo para que trabajase con usted...?

—No tengo inconveniente en que trabaje para mí, señor Daniels...

—Trato hecho.

—Muy bien, señor Daniels, pero antes de trabajar conmigo tiene que pasar por algunas pruebas... Ya sabe, una especie de examen... ¿Está preparado...?

—Desde luego.

—Ya que está ahí el señor Schaffer, también será sometido a las mismas pruebas que usted.

—¡No! —gritó Schaffer.

—Vamos, vamos, señor ingeniero... Recuerde nuestras conversaciones sobre el Hombre Superior... Usted aseguraba que pertenecía a la raza que se impondría sobre el planeta.

—Estaba equivocado, soy un hombre normal...

—Oh, no, señor Schaffer, no debe rectificar tan pronto, por el simple hecho de que se vea en peligro... Tampoco debe olvidar que usted y yo somos científicos y que, por lo tanto, sólo la experiencia nos puede servir para establecer unos principios generales... Van a pasar ustedes por la primera prueba... Yo les diré en qué va a consistir... Cuando cuente tres, saldrán de la pared hojas de acero puntiagudas y cortantes... Podrán ser traspasados en cualquier momento por una de ellas... Ésta es una prueba de reflejos...

Naturalmente, han de ser muy rápidos para librarse de una muerte segura.

—¡Por lo que más quiera,

Kung-Li,

no haga eso conmigo...! —gritó Schaffer.

—Está usted dando una pobre idea de lo que puede ser un Hombre Superior, señor Schaffer... Pero, por más que grite, usted tendrá que pasar por la prueba... Ah, señor Daniels, es preferible que guarde la pistola porque no le va a servir en las presentes circunstancias, y eso le restaría rapidez en sus reflejos.

Jerry miró con tristeza la pistola, y la guardó en el bolsillo.

—Gracias por aceptar mi consejo, señor Daniels... Y ahora vamos a empezar el ejercicio... Uno..., dos..., tres...

Se oyó un ruido metálico e instantáneamente brotó de la pared una de aquellas hojas de acero.

Su destino era el cuerpo de Jerry, que saltó elásticamente.

Pero en el preciso momento en que tocaba el suelo, volvió a oír el chasquido a la izquierda.

Se dejó caer en el suelo, y otro sable le rozó la espalda.

Schaffer gritó porque también él estaba saltando para escapar de aquellas endiabladas armas que querían ensartarlo.

Poco a poco, los chasquidos fueron más rápidos y los dos hombres saltaron de un lado a otro, burlando las hojas.

Se oyó otra vez la risa de

Kung-Li.

—Lo están haciendo muy bien... Pero vamos a poner un poco más de emoción... Los cuchillos también saldrán del suelo...

Jerry vio surgir entre sus pies uno de los puñales, y saltó de nuevo.

Schaffer no tuvo tanta fortuna porque una hoja lo ensartó por un muslo.

—¡Me han pillado, Daniels...!

El corredor se había convertido en un extraño escenario cubista.

Jerry, mientras saltaba de un lado a otro, buscaba el resorte de la pared por donde había escapado

Kung-Li.

Lo había intentado varias veces, pero siempre fracasó.

Ahora, por fin, obtuvo el éxito.

Tocó un punto determinado del muro y éste se abrió, justo por donde había desaparecido

Kung-Li.

Schaffer gritó:

—¡No me abandone!

El ingeniero estaba en el suelo, muy cerca.

Jerry lo atrapó por el brazo y tiró de él con todas sus fuerzas.

Schaffer entró también por el hueco, y entonces la puerta se cerró.

Schaffer y Daniels quedaron sentados en el suelo jadeando.

—Estoy perdiendo mucha sangre...

—Deme el pañuelo.

Jerry recibió el pañuelo de Schaffer y lo unió al suyo. Utilizó ambos para vendar la herida del ingeniero. Luego se dio cuenta de que ya no tenía la pistola. Se le había caído, mientras saltaba en el corredor.

De pronto, oyeron la risa de Kung-Li.

—Les felicito a los dos, aunque usted, señor Daniels, superó a Schaffer porque no recibió el menor rasguño.

Schaffer gimió:

—¡No podremos librarnos de él...! ¡No podremos, Daniels...! ¡Está jugando con nosotros...!

—¡Cállese de una vez!

Kung-Li

habló de nuevo:

—Señor Daniels, durante los años que habité esta casa, me permití hacer algunos cambios en su estructura. Algunas personas las precedieron a ustedes en estos maravillosos ejercicios que han superado con tanta brillantez... Pero creo que ya han descansado bastante... Por lo tanto, podemos pasar a la segunda prueba.

—¡Va a acabar con nosotros! —gritó Schaffer—. ¡Nos matará...!

—Caballeros, les voy a indicar en qué consiste el segundo ejercicio. Se abrirá un trozo del suelo y ustedes caerán en un foso. Desgraciadamente, para ustedes, en el foso no hay un colchón para acogerlos dulcemente... No, señor, hay unos cuchillos... No son tan largos como los que tuvieron que sortear en el corredor precedente...

—Esta vez no tendremos escapatoria —gritó Schaffer.

—¿Están preparados...? Les advierto que el suelo se abrirá en sectores... Será mejor que ustedes se separen, ya que si caen los dos juntos, morirán los dos... El señor Schaffer pretenderá agarrarse a

usted, señor Daniels.

Jerry se alejó del ingeniero.

—Eh, ¿adónde va, Daniels...? ¡No me deje solo!

—Ya ha oído a

Kung-Li...

Nos conviene separarnos... Procure dominar su miedo y límitese a pensar en los cuchillos que le esperan abajo.

Se abrió el suelo en donde se encontraba Schaffer, el cual desapareció, lanzando un aullido.

Jerry oyó un ruido sordo, y luego otro grito.

—¡Daniels...! ¡Me han atravesado el estómago...!

Un sector del suelo se abrió por detrás de Jerry, y luego se abrió el que estaba a sus pies.

El joven pudo ver los cuchillos. Eran una docena.

Sus pies golpearon entre dos de los cuchillos.

Iba a perder el equilibrio, a caer sobre los otros, pero logró agarrarse a la pared.

Había pasado el peligro para él.

Vio a Schaffer. Estaba tendido en el suelo, en medio de un charco de sangre.

Jerry se aproximó al ingeniero.

—No me toque, Daniels... Me muero.

—Schaffer, tiene que hablarme de la ciudad de Erg el Fasí, que usted proyectó.

—Déjeme morir tranquilo...

—Quiero acabar con

Kung-Li.

—No podrá..., él es más fuerte que usted... Nunca escapará de aquí...

—Quizá lo consiga... Hable rápido, Schaffer... Dígame cómo puedo entrar en la ciudad... —Hay un pasadizo secreto... Sólo lo conoce

Kung-Li...

Me obligó a construirlo para el caso de que alguna vez se viese en peligro...

La voz de Schaffer era cada vez más débil.

Jerry aproximó su oído a la boca del ingeniero.

Schaffer dijo algunas palabras más, explicando a Jerry el lugar

donde se ubicaba el pasadizo en la fantástica ciudad subterránea.

Luego, Schaffer dio el último suspiro.

Jerry miró hacia arriba. El foso era muy hondo.

No valía la pena que saltase porque nunca podría llegar a lo alto.

Oyó que se abría una puerta.

Kung-Li

apareció arriba, flanqueado por dos mongoles de cabeza rapada.

—¿Se encuentra bien, señor Daniels...?

—Sí, desde luego... Hace tiempo que necesitaba unas vacaciones, y creo que al fin lo logré.

—Celebro que conserve su buen humor. Pero he venido a despedirme de usted...

—¿Quiere decir que me va a dejar aquí...?

—Oh, no, de ninguna manera... Eso sería una falta de atención por mi parte... Estará ahí por muy poco tiempo, y enseguida se marchará al Más Allá, como usted dijo antes; pero yo no me quedaré para ver su final, señor Daniels... Me acaban de comunicar que mi avión me está esperando... Debo emprender el viaje a Africa. Allí realizaré un trabajo más compensatorio que el de acabar con usted...

—No se preocupe por mí. Puedo seguir aquí, y no seré una molestia para usted...

—No, señor Daniels, usted es un hombre extremadamente peligroso y no conviene a mis planes que continúe vivo.

Kung-Li

hizo chascar los dedos, y uno de los mongoles se acercó al foso.

Tenía en sus manos una pértiga con un garfio al extremo.

—Señor Daniels —dijo

Kung-Li

—, acérquese a la pared, y no habrá necesidad de que mi servidor le haga daño.

—¿Para qué quiere que me acerque a la pared...? ¿Va a seguir jugando con las navajitas...?

—No, señor Daniels, sólo quiero privarlo del movimiento... Si se acerca a la pared, quedará atrapado por un anillo de acero.

—No me gusta el programa...

—Entonces, mi servidor lo rematará con su garfio. Adelante,

Beni-Khan.

Él mongol de la pértiga sonrió, enseñando unos dientes blancos y fuertes.

Se arrodilló en el borde del foso, y empezó a balancear su pértiga para asestar un golpe en el cuerpo de Jerry.

Éste se podía mover muy precariamente, debido a los cuchillos que había en el suelo.

El mongol dio su embestida con el garfio.

Daniels saltó, dejando pasar la punta de acero por debajo de su brazo.

Simultáneamente, atrapó la pértiga y tiró.

El mongol cayó desde lo alto, lanzando un alarido, al ver que se iba al encuentro de los cuchillos.

Se produjo un golpe sordo.

El mongol fue atravesado por no menos de cuatro hojas de acero.

Los ojos de
Kung-Li
despedían fuego.

—Señor Daniels, olvidé decirle que ya habían terminado sus ejercicios de habilidad.

—Cuánto siento no haberle obedecido...

El chino hizo chascar los dedos y el otro mongol se acercó al foso, con una metralleta en la mano.

—Señor Daniels, ahora se tendrá que arrimar a la pared o este otro servidor lo abatirá con mucho plomo.

Jerry hizo un rabioso gesto de impotencia.

—Está bien,
Kung-Li,
usted gana.

El joven se puso junto a la pared.

Kung-Li
se volvió hacia un lugar situado a sus espaldas.

Se oyó un chasquido metálico, y del muro salió un anillo, que aprisionó a Daniels por la cintura. Podía mover los brazos y las piernas, pero estaba atrapado contra la pared.

—¿Me va a matar de hambre y de sed...? —preguntó al chino.

—No, eso sería demasiado lento... Le voy a obsequiar con unos

cuantos escorpiones del desierto de Gobi. Entrarán por el otro extremo del foso... Los escorpiones correrán hacia usted o tal vez se entretengan un rato... Usted quizá mate a algunos, pero no podrá contra todos porque serán un centenar... Como ya le dije antes, no puedo quedarme a presenciar su muerte... Lástima que usted tampoco pueda asistir a mi triunfo final... Fue usted un buen rival, y le deseo una corta agonía.

Kung-Li

y el mongol desaparecieron de los ojos de Jerry.

Se oyó otro ruido, y apareció un agujero en la pared del fondo.

Por el agujero empezaron a salir escorpiones. Lo hicieron corriendo demasiado aprisa, pero luego fueron disminuyendo de velocidad. Sin embargo, en poco tiempo, habían recorrido la mitad de la distancia que existía entre Jerry y el agujero.

El hombre forcejeó, pero no le sirvió de nada.

Estaba listo.

Recordó la pértiga. Había quedado un poco lejos.

Alargó el pie y la pudo tocar.

Si hubiese sabido la clase de tormento que le preparaba

Kung-Li,

la habría acercado a la pared.

Pero el chino no le había anunciado el número de los escorpiones hasta tenerlo prisionero en el muro.

Algunos de los escorpiones habían corrido mucho, y estaban cerca de él. Y seguían saliendo más del agujero.

Pudo atraer unas pulgadas la pértiga. Con otro esfuerzo, la tuvo ya a sus pies.

Enseguida se agachó y la atrapó con la diestra.

Utilizándola como arma, mató al escorpión que tenía más cerca.

Pero muchos de aquellos bichos habían subido por la pared hacia lo alto y, como si supiesen dónde estaba su enemigo, se acercaban por distintos lugares, con más rapidez que nunca.

Jerry mató a otro, pero algunas veces fallaba el golpe porque los escorpiones se movían demasiado aprisa.

Sabía que la picadura de uno de aquellos bichos era mortal.

Tarde o temprano, uno de ellos caería sobre él, y le clavaría su aguijón. En pocos segundos, la ponzoña envenenaría su sangre y paralizaría su corazón.

Sudaba copiosamente, debido a los esfuerzos que había realizado desde que

Kung-Li

se había hecho dueño de la situación.

De pronto, oyó pasos arriba.

—¡Jerry...!

Era la voz de Christine.

La joven dio un grito de horror, al ver el espectáculo que se ofrecía a sus ojos.

—¡Christine...! —llamó Jerry sin mirarla, porque no podía dejar de vigilar a los escorpiones que se acercaban a él, cada vez en mayor número—. ¡A la derecha...! ¡Debe haber un tablero de mando...!

—Sí, ya lo veo...

—Tócalo para libertarme.

La joven corrió, rodeando el foso.

Jerry siguió haciendo uso de su arma.

Se produjo un chasquido y quedó libre.

Entonces retrocedió unos pasos hacia el fondo del foso.

—Christine, ven hacia aquí, y tiéndete en el suelo... Sólo tienes que asomar los brazos...

La joven hizo lo que él le decía.

Jerry le alargó la pértiga y ella la sujetó enérgicamente.

Entonces, Daniels trepó a pulso.

Oyó como a Christine le rechinaban los dientes.

Al fin pudo llegar a lo alto, y la joven dejó caer la pértiga al fondo del foso.

—Te dije que no entrases en la casa...

—Vi cómo se iban en un auto, y pensé que te habrían matado...

—Pequeña, continúo vivo gracias a ti —dijo Jerry, y la besó en la boca.

CAPÍTULO XI

Kung-Li

estaba sentado tras una mesa de laca.

Aquél era el despacho desde donde iba a regir el mundo.

En la pared de la derecha había no menos de veinticinco pantallas de televisión.

Tras

Kung-Li

estaba el tablero de mandos.

Su ciudad le obedecía como si tuviese vida: todo era mecánico.

Kung-Li

apretaba un botón y hacía cumplir sus órdenes.

Se encendió una luz roja, y el oriental dio vuelta a la llave de un interfono.

—¿Qué hay...?

—Los tres físicos nucleares están aquí. Usted los mandó llamar.

—Está bien, que pasen.

Se abrió un hueco en la pared, y entraron sucesivamente tres hombres, que inclinaron la cabeza ante

Kung-Li.

Kung-Li

se dirigió al más alto:

—Espero su informe, doctor Junkerman.

—Las dos bombas han quedado instaladas en las rampas de lanzamiento.

—Me satisface mucho oírle, doctor.

—Puede usted dispararlas cuando guste.

Kung-Li

entornó los ojos y quedóse pensativo.

—Serán lanzadas en un plazo de tres horas... Espero que no se produzca ningún fallo.

—El sistema de cohetes ha sido revisado por mí... Todo está en orden.

—Gracias, doctor Junkerman... Caballeros, esta noche, después del lanzamiento de las bombas, tendré mucho gusto en recibirles a mi mesa.

El doctor Junkerman y sus dos compañeros hicieron sendos gestos de asentimiento.

—Pueden retirarse —dijo

Kung-Li.

Los tres sabios atómicos salieron de la estancia.

Cuando el chino quedó a solas, una sonrisa afloró a sus labios.

Sería un banquete en el que habría un invitado con quien los sabios no contaban.

Aquel invitado especial sería la Muerte.

De pronto, se encendió una luz verde en la pared de la derecha.

El oriental frunció el ceño.

Aquella luz no se podía encender. Indudablemente, se trataba de una avería.

La bombilla que se había encendido correspondía a la salida de escape que había hecho construir, y que sólo él conocía, ya que los obreros que intervinieron en aquel sector de la casa estaban ya muertos.

Sus ojos se clavaron en la primera pantalla de la izquierda. Era la que correspondía al pasadizo.

Aquella pantalla se iluminó.

Kung-Li

quedó perplejo al ver en la pantalla la imagen de un hombre que le era conocido.

Se trataba del mismísimo Jerry Daniels.

Así pues, no había muerto en el foso de los escorpiones.

Alguien lo había salvado, después que él salió de la casa.

Lo comprendió todo al instante.

Aquel maldito ingeniero, Schaffer, había informado de su secreto a Daniels, antes de morir.

¿Y si Daniels había ido con otras personas allí...?

Lo sabría pronto.

Se puso en pie y tocó, furioso, varios botones del tablero de mandos.

Una, dos, tres, cinco pantallas se fueron iluminando, ofreciendo perspectivas del paisaje exterior.

No, por ninguna parte había rastro de otras personas.

Jerry Daniels había llegado sólo a su ciudad, y de eso ya no podía tener ninguna duda.

Indudablemente, Jerry Daniels no había querido participar a otra persona su aventura porque, con toda seguridad, pensó que nadie lo creería. Y él había aceptado toda la responsabilidad.

La imagen de Daniels desapareció de aquella primera pantalla, y eso quería decir que había acabado de cruzar el pasadizo.

Ahora era cuando se podía decir que había entrado en la ciudad.

Enseguida se iluminó otra pantalla, la segunda.

Jerry estaba en un corredor.

Kung-Li

habló por el micrófono:

—¡Atención, Sección Cuarta...! ¡Emergencia...! ¡Un extraño acaba de entrar en la ciudad...! ¡Acaben con él inmediatamente...!

Miró otra vez la pantalla.

Dos mongoles aparecieron corriendo por el pasillo. Llevaban metralletas.

Jerry, desde el otro extremo, empezó a hacer fuego con su pistola.

Uno de los mongoles dio una tremenda voltereta, y rodó por el suelo.

El otro mongol se contorsionó como un muñeco, mientras disparaba su metralleta, pero las balas picotearon en el techo.

Jerry desapareció por una puerta, a la izquierda.

Kung-Li

apretó los puños hasta que los nudillos se le tornaron blancos.

Jerry Daniels apareció en la tercera pantalla.

Había entrado en una especie de laboratorio, donde había probetas y matraces, algunos de ellos conteniendo líquidos en ebullición.

Kung-Li

habló otra vez por el micrófono:

—¡Atención, laboratorio...! ¡Un enemigo se encuentra en estos

momentos en ese lugar...! ¡Utilicen el gas asfixiante
H-R...!

Jerry estaba avanzando por el laboratorio, mirando a derecha e izquierda.

Aparecieron dos hombres, llevando caretas de gas.

Uno, de ellos corrió por un lado y lanzó una bomba hacia la parte central del laboratorio.

Se produjo una explosión, y se formó inmediatamente una nube.

Kung-Li

sonrió.

—Adiós, Jerry Daniels...

La nube se fue disipando.

Kung-Li

vio aparecer a uno de sus hombres con careta, el que había lanzado la bomba.

Echó a andar hacia su compañero, el que había quedado junto a la puerta.

De pronto, ocurrió algo que a

Kung-Li

le pareció absurdo.

Aquel hombre, el que estaba en movimiento, disparó sobre su compañero, el cual se vino hacia delante y se derrumbó.

Entonces, el que había disparado salió del laboratorio.

La nube casi había desaparecido, y

Kung-Li

pudo ver en la pantalla al hombre que estaba en el suelo, y que se había contaminado de gas.

Era un mongol.

Estaba claro. Jerry Daniels había atrapado al mongol, y lo despojó de la careta, poniéndosela él.

¿Cómo un hombre podía librarse de la muerte, tantas veces?

Kung-Li

esperó ver a Jerry en la quinta pantalla, pero en aquel momento se produjo una explosión.

Eso sólo quería decir una cosa: que Daniels había eliminado el sistema televisivo de aquel sector.

Kung-Li

apretó un nuevo botón.

Por fin pudo oír estampidos.

Mantuvo la esperanza de que sus hombres pudiesen acabar con Daniels.

—¡Atención, jefe del Sector Dos...! ¡Informe de lo que está pasando...!

Pero no le llegó ninguna respuesta.

—¡Atención, Sector Dos...! ¡Está hablando

Kung-Li...!

¡Informen...!

Oyó una respiración jadeante, y, por fin, una voz:

—¿Qué tal,

Kung-Li?

Era Jerry Daniels.

—Señor Daniels..., ¿qué ha pasado...?

—Le maté a cuatro hombres en una sola sentada.

—No debe estar en su sano juicio, cuando se atrevió a venir aquí...

—Sí, soy muy atrevido, y aquí me tiene... Más cerca de usted que nunca... Y ahora voy a matarlo,

Kung-Li.

La cara del oriental se crispó.

Abrió un cajón y extrajo una pistola «Luger».

—Entre, Daniels, lo estoy esperando...

Jerry rió por el micro.

—¿Por dónde entraré,

Kung-Li...?

Me he hecho cargo de su aparato de mandos del exterior, y veo que hay seis puertas de acceso a su despacho... ¿Por qué puerta entraré,

Kung-Li...?

Puede ser por la primera.

Kung-Li

miró rápidamente en aquella dirección.

—¿Y por qué no por la que está a su derecha? —dijo Jerry.

Kung-Li

giró rápidamente hacia aquel lado.

—No, no me gusta la número tres —prosiguió Daniels—. Prefiero la que está a su espalda.

Kung-Li

lanzó un grito, y se revolvió, pero la pared estaba lisa, y no se había producido allí ningún hueco.

—¡Maldito sea, Daniels...! ¡Entre de una vez...!

—¿Qué le pasa,

Kung-Li?

¿Se ha puesto nervioso...?

En aquel momento se abrió una puerta a la izquierda.

Kung-Li

se volvió hacia aquel lado, y se puso a disparar.

Pero no había nadie en el hueco.

Se abrió otra puerta en el lado opuesto.

Kung-Li

disparó de nuevo. Pero tampoco allí estaba Jerry Daniels.

Una tercera y una cuarta puerta se abrieron casi simultáneamente.

Kung-Li

gastó más balas, pero el resultado fue infructuoso, porque estaba disparando contra el aire.

Jerry apareció por la primera puerta que se había abierto.

Lo hizo saltando, pero al mismo tiempo apretaba el gatillo de su pistola.

Kung-Li

fue alcanzado en el hombro, y giró como una peonza.

Otra bala le mordió en la espalda, y una tercera se le enterró en el estómago, al completar su giro.

Soltó un escalofriante chillido, y se apoyó en la mesa.

Sus ojos miraron con odio al hombre que estaba acabando con él.

—Daniels... ¿Por qué vino...? ¿Por qué...?

—Tenía una cita con usted, y no podía perdmela.

—¡Maldito sea...! ¡Usted no podrá impedir que el Dragón Negro reine sobre el mundo!

¡Y yo soy el Dragón Negro...!

Kung-Li

levantó la mano armada para disparar contra Daniels.

Jerry hizo fuego otra vez.

La bala destrozó la cabeza del chino, haciéndolo caer definitivamente en el suelo.

Daniels dio un suspiro, y miró hacia las pantallas.

En la segunda vio un espectáculo consolador.

Medio centenar de *jeeps*, llenos de soldados, estaban llegando al lugar donde estaba enclavada la ciudad subterránea.

Entonces, Jerry maniobró en los botones del sonido y habló por el micrófono:

—Atención... Escuchen todos...

Kung-Li

está muerto... Mi nombre es Jerry Daniels, y me dirijo a los habitantes de esta ciudad... Me encuentro en el despacho de

Kung-Li

y, por lo tanto, soy el dueño de sus vidas... Medio millar de soldados están desembarcando en esta ciudad... No ofrezcan resistencia... Entréguense... Es mi consejo y, por su bien, espero que lo acepten...

* * *

—Sí, papá, me caso —dijo Christine, por el teléfono.

—¡Te lo prohíbo...! ¡No puedes hacerme eso a mí...!

—Pero, papá... Tú no puedes prohibirme que me case... Toda mujer está destinada al matrimonio... Lo está desde que nace... La mayor parte de los sociólogos están de acuerdo con eso.

—No quiero un oriental en mi familia...

—Papá, estás muy atrasado... Me caso, pero no se trata de ningún chino...

—¿Quién es él...?

—¿No lo imaginas...?

—Jerry Daniels...

—Sí, papá.

—¿Por qué no me informó él de su trabajo?

—Porque los del Deuxième Bureau lo tienen ocupado, interrogándole.

—¿Cuándo será la boda...?

—No lo sé... Jerry todavía no se me declaró... Ya te avisaré cuando ocurra... Hasta la vista, papá.

Christine colgó y, al darse la vuelta, soltó una exclamación porque allí estaba Jerry Daniels.

El llegó ante ella, y la rodeó por la cintura.

—¿Has escuchado, Jerry...?

—Sí.

—¿Y qué es lo que contestas...?

—Todavía nada.

—¿Cómo que nada...? Ahora mismo sales de aquí...

—Oye, cariño, he ordenado una cena para conmemorar tu cese como espía... Habrá caviar y champaña...

—¿Quieres decir que el Deuxième Bureau prescinde definitivamente de mí?

—Estás despedida... El señor Foulquié estuvo de acuerdo conmigo en que el Deuxième Bureau no puede tener a su servicio una espía tonta...

Los ojos de la joven chispearon.

—Pero no te preocupes, querida... Jerry Daniels tiene suficientes líos para los dos... Y ahora, nena, será mejor que nos demos prisa... El caviar te espera... La besó en la boca, y ella colaboró.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).